EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LOS TRES AMORES,

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO.

Gomez

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, num. 9.
1858.

7

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, num. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Caiiavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

LOS TRES AMORES,

DRAMA EN TRES ACTOS PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

ORIGINAL DE

LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Representado por primera vez en el teatro del Circo el 20 de marzo de 1858.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

La propiedad de este drama pertenece á su autora, y nadie sin su permiso podrá reimprimirle ni representarle en España ni sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria lírico-dramática EL TEATRO, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

Á SU QUERIDO ESPOSO.

G. G. de Avellaneda.

PERSONAS QUE FIGURAN EN EL PRÓLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE, jóven prohijada por.....	Sra. Lamadrid.
JULIANA, labradora rica.....	Sra. Campos.
LUISA, criada jóven de la anterior.....	Sra. Orgaz.
DON VICTOR DE S. ADRIAN.	Sr. Romea (D. J.)
ANTONIO, hijo único de Juliana y de.....	Sr. Arjona (D. J.)
PABLO, labrador rico.....	Sr. Arjona (D. E.)

Mozos de labranza, 1.°, 2.° y 3.°

El prólogo pasa en un pueblecillo de las montañas de Navarra, en el reinado de Cárlos III.

PROLOGO.

El teatro representa un jardin: á un lado el paredon de una casa de campo, cuya principal fachada no está á la vista del público. La puerta de dicha casa, que mira al jardin, está sombreada por un verde emparrado, bajo del cual hay una mesa y dos bancos rústicos. Una ventana se abre en el mismo lado, en el lienzo mas próximo del proscenio, y debajo de ella otro banco rústico. Al lado opuesto se supone que estan el corral y otras dependencias de la casa. Al foro una verja con cancela que conduce á la huerta.—Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, *sale por la cancela trayendo una jaula en la que se ven dos palomas silvestres.*

ANT. Os pillé al fin, enamoradas arrulladoras; pero no os dé cuidado la cautividad. Tendreis á Matilde por señora. ¡Qué regocijo el suyo con esta grata sorpresa!.. ¡Cuántos mimos á las prisioneras!.. (*Pone la jaula en un banco.*) ¡Oh! no ha sido fácil la conquista. Toda una noche en vela, y luego desgarradas las manos con las espinas de los zarzales. Pero ¿qué importa? Solo falta el ramillete. (*Empieza á cortar flores, con las que hace un ramo.*)

¡Magníficas rosas!.. ¡Asi se ponen sus mejillas cuando la dicen que es linda!.. ¡Este clavel... ¡Se parece á su boca! Vengan los jazmines, tan blancos como sus manos!.. Ahora un manojito de romero... y estos pimpollos de geranio.—¡Bien!—Ataremos el ramo con esta cinta azul celeste, que es su color favorito. Ya no resta mas sino poner jaula y flores en su ventana, que nunca cierra en las noches de verano. Pero, ¡qué veo! ¡Tiene encendida la luz, brillando ya el dia!.. ¿No habrá dormido?.. ¿Estará mala? ¡Se me cuaja la sangre!.. (*Se sube al banco y mira por la ventana.*) ¡Ah!.. lee sentada junto á la mesita de nogal que yo la hice. No se ha acostado... ¡está visto!.. En mal hora vino á nuestro (*Bajando.*) valle ese maldito huesped... ese poeta, que le ha trastornado el juicio con sus libros!.. No tuvimos necesidad de ellos para ser felices, pero ahora .. (*Se deja caer pensativo y triste sobre el banco.*)

ESCENA II.

ANTONIO, PABLO, LUISA, MOZOS *de labranza. Todos salen por la puerta de la casa que da al jardin, trayendo Luisa una botella y copas, y los mozos sus aperos de labor.*

PAB. ¡Ea, muchachos!.. Tomar el trago, y cada uno á su trabajo. Hay que aporcar las patatas, rastrillar los nabos, disponer el terreno para los nuevos plantones, y despojar al maiz de todo brote supérfluo.

MOZO 1.º Bien, seor Pablo. (*Teniendo en la mano la copa que le ha llenado Luisa.*) A su salud y la de todos.

PAB. Gracias.

MOZO 2.º ¡Que viva el amo! (*Bebiendo.*)

1.º y 3.º ¡Viva!

ESCENA III.

PABLO, LUISA, ANTONIO, *que continúa embebecido en sus pensamientos.*

LUISA. ¡Siempre alegres! (*Vá á poner las copas y la botella sobre la mesa.*)

PAB. ¡Eso si, gracias á Dios! Todos trabajamos; pero todos

somos dichosos. Vé tú á ordeñar las vacas y las cabras, y échalas luego á pacer.—¿Sabes dónde anda Antonio?

LUISA. ¿Pues está usted ciego que no le ha visto? Héle allí dormido, segun parece, bajo la ventana del cuarto de la señorita. (*Se vá.*)

PAB. (*Mirando á su hijo.*) Muchos disgustos me ha de dar con esa pasion exajerada.

ESCENA IV.

PABLO *y* ANTONIO.

PAB. (*Acercándose á su hijo y tocándole en el hombro.*) ¿Para qué madrugar tanto, caballerito, si no se ha de hacer nada?

ANT. Si, señor padre... (*Levantándose.*) Hice un ramillete para Matilde.

PAB. Es la única obligacion que reconoces, y que desempeñas con gusto.

ANT. ¿Hago mal por ventura?

PAB. No haces muy bien que digamos. No desapruebo el que ames como es debido á la compañera de tu infancia; no por cierto. ¿Quién no la ama en esta casa? Pero no hay por qué sacar las cosas de quicio, y no tener otro pensamiento que Matilde en todo el dia de Dios.

ANT. Yo no lo hago adrede, señor padre.

PAB. Tienes la edad suficiente para ayudarme y mirar por la hacienda, en vez de andarte cosido de las faldas de Matilde, cogiéndole mariposas.

ANT. Son dos palomas las que le traigo hoy. Mírelas usted qué hermosas, con su cuello tornasolado!... Son las mismas que arrullaban ayer tarde sobre aquel cerezo, y que ella escuchaba bajo del emparrado.

PAB. ¡Pues!—Esto no puede continuar, señorito. Hay que tener un poco de ambicion.

ANT. ¿Le parece á usted que no la tengo? ¡Vaya! Mi ambicion es que ella esté siempre contenta... que sea feliz como ninguna.

PAB. ¡Vuelta con ella!... No me agradan esos extremos. Es demasiado amor por una hermana adoptiva.

ANT. Pero Matilde...

PAB. No sabemos si podrá ser tu esposa... si consentirán sus padres. El señor cura del lugar, que fué quien nos confió esa niña cuando estaba en la cuna, y quien paga religiosamente la pension señalada para sus alimentos, es el único que puede saber su origen y su suerte futura.

ANT. El mismo señor cura les dijo á ustedes que los padres de Matilde no la reconocerian nunca, y que querian fuese educada como una simple labradora.

PAB. No lo niego; pero el mundo da muchas vueltas, y aqui tengo una esquela del digno párroco, recibida anoche, que me hace entrever algun cambio en el estado actual de las cosas.

ANT. ¿Cómo?

PAB. Apuesto á que no ha visto con buenos ojos los extremos de tu cariño por la chica, ni la venida aqui del jóven deudo del conde.

ANT. En cuanto á eso último, tiene razon de sobra. Tampoco yo...

PAB. No he podido impedirlo. El amo de la finca es el conde de Larraga, y habiendo autorizado él mismo á su pariente don Victor de San Adrian para pasar una temporada bajo este techo, entre nuestras saludables montañas, no me tocaba á mí el cerrarle las puertas.

ANT. ¡Y vaya si es larga la visita!... Vá para dos meses que tenemos aqui á ese caballero cortesano, y aun no habla de marcharse.

PAB. Como que vino á Navarra hecho un escuerzo, y está ahora guapeton y lozano que dá gusto el verle.

ANT. ¡Cierto!... (*Suspirando.*) ¡Y como se viste con mil repulgos... y sabe tanto!...

PAB. Eso si; tiene muchas letras. Dice el señor cura que compone trigedias, que son muy celebradas allá en Madrid, donde reside habitualmente. ¿Sabes qué cosas son las tales trigedias, Antonio?

ANT. Matilde se ha empeñado muchas veces en explicármelo... pero... no quiero saber nada de cuanto atañe á ese hombre.

PAB. El cura opina que se ha de casar al fin nuestro huésped con la hija única del conde.

ANT. Ojalá fuese hoy.

PAB. ¡Bah!... hoy es una chicuela todavia la señorita Isabel,

y se educa en un colegio de Francia. Pero nada de eso tiene que ver con nosotros. Lo que nos interesa, hijo mio, es que te dejes de niñadas, y no veas en Matilde sino á una buena hermana, hasta que dispongan de ella sus desconocidos padres.

ANT. Usted dijo antes que el cura le habia escrito ánoche...

PAB. Verdad.

ANT. ¿Puedo ver esa carta?

PAB. No, señor: no hay para qué. Se estaria usted cavilando... ¿si será esto?... ¿si será lo otro?... Vale mas que se vaya usted á dirigir la labranza, sin pensar mas en ello. Lo que fuere sonará.

ANT. Pero...

PAB. No hay peros que valgan. ¡Eh! vete, vete con mil santos, y no me rompas la cabeza con tus amorios. (Es menester hacerme respetar.)

ANT. ¡Señor padre!... (*Aparece Juliana por la puerta del emparrado.*)

PAB. ¡A la labranza, á la labranza!... No oigo nada.

ANT. (¡Irme sin poner siquiera en su ventana las palomas y las flores! ¡Qué tiranía!) (*Se vá.*)

ESCENA V.

PABLO, JULIANA.

JUL. Muy orondo te quedas por la hazaña de tratar con dureza á tu hijo único... á un muchacho mas manso que un cordero. ¿Qué culpa ha cometido? ¡Vamos á ver!... ¿Qué ha hecho para que lo hagas salir con las lágrimas en los ojos?

PAB. Tú me lo echas á perder, Juliana. Tú que le levantas de cascos con el tal casamiento, que será ó no será.

JUL. ¿Por qué no ha de ser? Qué mejor partido puede ambicionar la muchacha?

PAB. Los padres de ella...

JUL. Se darán por muy servidos en hallar para su hija abandonada, un marido como el chico. ¡Vaya! No parece sino que se trata de cualquier pelagatos. Cuanto tenemos será de nuestro hijo, que ha heredado por añadidura á su tio el cirujano titular de Elizondo, que le dejó á su libre disposicion quince mil ducados contantes.

PAB. Nada de eso viene al caso.

JUL. Pues en cuanto á linaje, nadie tiene tampoco por qué hacerle ascos. No descendemos de judios ni de moros. Somos montañeses de pura raza. Mi padre, que Dios haya, empuñó por tres veces la vara de alcalde, y tu abuelo fué nada menos que doctor en medicina, con otras mil campanillas que no recuerdo ahora.

PAB. De todos modos hay que consultar al señor cura.

JUL. Eso es precisamente lo que quiero. Segura estoy de que se pondrá muy ancho cuando sepa nuestras intenciones.

PAB. Casualmente tengo que verle hoy, pues me ha escrito que se halla indispuesto, y que le urge hablarme respecto á Matilde.

JUL. Pues ea! abordar la cuestion sin mas preámbulos, y sacar de penas á esas pobres criaturas.

PAB. ¿Pero estará ella tan decidida por Antonio, como Antonio por ella?

JUL. ¡Vaya una duda! ¿No se han criado juntos queriéndose como dos pichones?

PAB. Sin embargo, me parece que ahora, mas que del novio, se cuida del huésped la muchacha.

JUL. Esa es harina de otro costal. Tú no lo entiendes, Pablo. Matilde es vanidosilla, rabia por aprender cosas bonitas, y... ya se vé... El otro escribe relaciones en verso... y tiene libros... y habla con mucho aquel... Todo eso le agrada á la chica. Pero ¿qué hay de malo en ello?

PAB. No digo que haya nada de malo. En fin, voy á casa del párroco, y sabremos pronto á qué atenernos.

JUL. No te quedes á almorzar. Considera con qué ánsia te estaré esperando, tratándose de una cosa que interesa á mi Toño.

PAB. Tambien yo la tengo, mujer. ¿Qué puedo desear mas que la felicidad de nuestro hijo?

JUL. (*Con zalameria.*) Mira, si traes buenas noticias, las festejaremos con unas tortas y unas cremas que te has de chupar los dedos.

PAB. Corriente. Conque hasta la vuelta.

JUL. Mil cosas al señor cura. (*Se va Pablo por la puerta del emparrado.*)

ESCENA VI.

JULIANA, *luego* ANTONIO.

JUL. Es algo regañon, pero excelente en el fondo, eso sí. Siempre hago de él cuanto quiero. Si pudieran ser las bodas para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario!.. Ese dia se cumplen veinticinco años que me casé con mi Pablo. ¡Cómo corre el tiempo! ¡Parece que fuéa yer!

ANT. (*Asomándose por la verja.*) ¿Estais sola, madre?

JUL. Sí, entra. (*Entra Antonio.*) Tu padre habrá salido ya por la puerta principal, para ir á casa del cura.

ANT. (*Con interés.*) ¿Del cura?

JUL. ¡Si trata de tu casamiento, picarillo!

ANT. (*Con interés.*) ¿Con ella?.. ¿Mi casamiento con ella?

JUL. No, que será comigo.

ANT. ¡Con ella!.. ¡Yo!.. ¡Ah, Dios mio!.. (*Con extrema emocion.*)

JUL. ¿Qué es eso?.. ¡Antonio!.. ¡Estás temblando como un azogado! Hijo, te sientes malo?

ANT. No... no... ¡Es la felicidad!.. ¡La felicidad que no me cabe en el alma!

JUL. Cálmate por tu vida. ¿A qué vienen esas lágrimas que te asoman á los ojos?.. Casi me pesa haberte dicho...

ANT. ¡No, repetidlo, madre mia, repetidlo... y me vereis tranquilo!.. ¿No es un engaño de vuestra ternura?.. ¿Sabeis de veras?..

JUL. Que tu padre pide hoy para tí la mano de Matilde. Si, lo aseguro.

ANT. ¡Madre... madre mia!.. (*La abraza con trasporte.*)

JUL. ¡La quieres mas que á mí!.. mucho mas!.. (*Derramando algunos lágrimas mientras abraza á su hijo.*) ¡Esa es la suerte de todas las madres!.. Crian á sus hijos con el mayor mimo, y luego... Pero no, no me quejo. Sé tu dichoso, y quedaré pagada de todo.

ANT. El bien que me dais ahora, no lo podré pagar nunca... nunca!

JUL. ¡Pero qué tontos!.. (*Sonrie entre sus lágrimas.*) Estamos llorando como dos chiquillos. Me voy.—El huesped esperará su desayuno. Hasta luego. ¡Alegria! (*Entra en la casa.*)

ESCENA VII.

ANTONIO.

¡Mi mujer... mi mujer para siempre!.. ¡Oh, Dios piadoso!.. ¿Cómo he podido mereceros esa ventura sin igual en la tierra? ¡Yo, pobre rústico, que no sé mas que amar... amar con todas las fuerzas de mi alma!.. ¡Esos pasos!.. ¿Será ella?—¡Ah, no, ese hombre!.. No, no quiero verle. Me parece una nube que viene á cubrirme el cielo. (*Se va por el lado opuesto al de la casa.*)

ESCENA VIII.

SAN ADRIAN, *luego* MATILDE.

ADRIAN. ¡Hermosísimo dia!.. ¡Verdaderamente el campo es delicioso!... ¡salutífero!... admirable!... Pero ya empieza á cansarme; (*Se sienta.*) y á no encontrar aqui una chiquilla encantadora, una Filis de Garcilaso, que aprende cándidamente cuanto me place enseñarla... Pero, ¡qué diablos!... Tambien eso mismo me fastidia; porque no quiero abusar... es decir, no me conviene que sepan mis montañeses deudos, el conde de Larraga y su severa hermana, que soy capaz de abusar de su hospitalario techo. Seria echar por tierra mis esperanzas de ser algun dia el venturoso consorte de mi primita Isabel. (*Levantándose.*) ¡Es ruda la prueba, vive Dios!... ¡Pero necesito un gran casamiento! Soy pobre, y he perdido en hacer versos los años mas bellos de la juventud.—¡Necio!—Tiempo es ya de tomar otra senda para llegar á la riqueza, á los honores, al favor de la córte.—¡Allí viene mi tentacion! ¡Firmeza, Victor!.. (*Vuelve á sentarse.*)

MAT. (*Con un libro en la mano.*) (No me engañaba; está ya en el jardin.)

ADRIAN. (Despues de las tonterias que le dije anoche, la pobrecita está toda turbada... ¡Oh! ¡Es deliciosa!..)

MAT. (No me ha sentido entrar.) Buenos dias, señor de San Adrian.

ADRIAN. ¡Ah! Felices, mi hechicera. discípula. (*Levantándose.*)

MAT. ¡Discípula bien torpe! No he podido aprenderme la lec-

cion de gramática. Toda la atencion me la roban los versos.

ADRIAN. Sin embargo, anoche conjugó usted perfectamente e *verbo* que le señalé.

MAT. ¡Ya!... ¡era el verbo amar! pero no he pasado de allí. Toda la noche me estuve recitando á media voz trozos de su tragedia de usted, y ahora estoy empeñada en aprenderme de memoria el soneto á Celia.

ADRIAN. ¿Entiende usted bien?..

MAT. ¡Pues no!..

ADRIAN. El lenguaje poético suele ser oscuro para los profanos...

MAT. Lo que no comprendo con el entendimiento, lo adivino con el corazon.

ADRIAN. ¡Ah! (*Con pasion.*) (¡Vamos!... ¡mi virtud vá á derrumbarse!..) (*Se desvia de Matilde agitado.*)

MAT. ¿Qué tiene usted? ¿Se ha enfadado conmigo?

ADRIAN. ¿Con usted?.. ¿Por qué?

MAT. Pudiera pesarle haber cedido á mis ruegos una hoja del laurel de su corona.

ADRIAN. Al contrario, hermosa, me envanece que usted haya querido conservar ese recuerdo mio.

MAT. Aqui, en mi pecho, al lado del retrato, única prenda que poseo... que debí á mi familia... Al lado del retrato que llevo al cuello desde la cuna, y que será probablemente del autor de mis dias. ¡Oh! ¡si supiera usted cuanto le agradezco esa hoja!.. Desde que está conmigo no he pensado en otra cosa. Aquel triunfo que usted me describió tan al vivo... aquella actriz que hizo el papel de Safo, y que fué aplaudida á la par que el poeta, por un pueblo entusiasmado!... Todo me parecia verlo. ¡Me sentia ahogada por un tropel de desconocidas emociones!... Mi alma... mi alma como si se hallase en una cárcel, pugnaba... pugnaba... No puede explicarse aquello. Era un delirio. Luego, siempre que estoy á presencia de usted, se me pone un nudo en la garganta. No acierto con las palabras que busco... me vuelvo estúpida...

ADRIAN. ¡No!... ¡celestial!... ¡peligrosa!... ¡irresistible con esa atractiva turbacion que me revela... ¡Ah, Matilde!... ¡Qué evidia tengo de Antonio!..

MAT. ¡De Antonio!... ¡No le nombre usted!... me parece un crímen.

ADRIAN. ¡Un crímen!..

MAT. No... pero... yo debia amarle siempre... eternamente... á él solo...

ADRIAN. ¿Y qué?...

MAT. Tuvo por mucho tiempo el primer lugar en mi alma... yo creia entonces que aquello era amor...

ADRIAN. ¿Y ahora?

MAT. Ahora... conozco que no le amé nunca con un amor como el que usted pinta en sus versos... como el que Celia debió sentir por usted.

ADRIAN. ¡Celia!.. (*Queriendo recordar.*)

MAT. Esa si que pudo enorgullecerse de lo que sentia y de lo que inspiraba. ¡Cuánto la amó usted!.. ¡Cómo sabia pintárselo!.. Son de fuego estas páginas. Pero dígame usted, ¿qué ha sido de Celia?

ADRIAN. ¿Celia? En verdad que... ¿cuál de ellas?.. ¿La del soneto cuarto, la elegia segunda, ó el romance noveno?

MAT. ¡Cómo! ¿no son una misma?.. (*Con candidez.*)

ADRIAN. ¡Oh! ¡no tal, hija mia!. Tengo varias Celias en mi libro.

MAT. ¡Varias!..

ADRIAN. Ya ve usted, es un nombre poético que se sustituye á cien nombres verdaderos de menos grato sonido. No puedo adivinar por tanto...

MAT. Yo hablo de aquella que era tan hermosa, tan pura...

ADRIAN. Todas las Celias lo son.

MAT. (*Con impaciencia.*) De aquella que usted dice fué su primer amor... su amor eterno.

ADRIAN. Efectivamente... ese amor he sentido por todas las Celias de mi libro.

MAT. ¡Ah!.. Usted se está burlando.

ADRIAN. No por cierto.

MAT. Luego entonces... ¡Oh! Eso seria horrible... odioso!..

ADRIAN. Dígame usted, ángel mio, ¿no ha creido usted amar mucho en otro tiempo á su novio, y se ha encontrado despues con que todo ello no era mas que ilusíon?

MAT. No puedo negar... (*Turbada*)

ADRIAN. Usted se ha engañado una vez... y yo muchas. En eso solo está la diferencia.

MAT. Pero no conoce el corazon su error, sino cuando puede comparar... Cuando llega á amar verdaderamente.

ADRIAN. ¡Es verdad!.. Por eso conozco ahora...

MAT. Calle usted: viene alguien.

ESCENA IX.

DICHOS, JULIANA.

JUL. Ya tiene usted servido el desayuno, señor don Victor.

ADRIAN. (Ese desayuno me salva... pero no importa; maldito sea.)

JUL. No deje usted que se enfrien las tostadas.

ADRIAN. Soy con usted al instante. (*A Matilde.*) La mañana es hermosa... ¿Quiere usted que despues del desayuno vayamos á pescar al rio?

MAT. ¡Si, si! (*Con alegria.*)

ADRIAN. Pues bien, volveré pronto con todos los preparativos. (*Bajo.*) Solos los dos, Matilde. (*A Juliana.*) Vamos. Ya ve usted que no quiero que las tostadas se enfrien, señora Juliana.

JUL. Hace usted bien. (*Al entrar, mirando recelosa á Matilde.*) (Si tendrá razon Pablo en sospechar que... ¡Hum!.. ¡no me va gustando tanto cuchicheo!..)

ESCENA X.

MATILDE, *luego* ANTONIO.

MAT. ¡Me ama!.. ¡Oh! si, me ama! (*Se sienta y mira el libro.*) No tengo ya envidia de Celia. A mí me dirige el alma del poeta estas voces de fuego á que responde la mia. Quiero escucharlas de nuevo... grabarlas todas en el santuario de mi pecho. (*Lee, y mientras entra Antonio en la escena y se le acerca despacio.*)

«¡Ven, Celia hermosa! ¡Ven! De luz vestida
Ya deja el lecho la risueña aurora:
Se esmalta el cielo, el campo se colora,
Todo es do quiera movimiento y vida.
Todo respira amor, todo convida
A sentir y á gozar...»

ANT. ¡Si! ¿No lo escuchas? Los jilgueros que celebran el nacimiento del dia cantando entre las ramas de los castaños en flor: las susurrantes hojas salpicadas de gotas de rocio, que brillan como diamantes con los reflejos

de la luz: las vacas que trepan por las colinas, sacudiendo sus cencerros... todo te dice que ya es hora de corretear un poco por esos campos. Mas tarde quemaria el sol tus mejillas delicadas.

MAT. (*Indicándole el libro.*) Yo tengo aqui auroras, flores, cánticos, perfumes... todo lo bello, todo lo agradable, idealizado por el genio. ¡Oh, Antonio! ¡Cómo pintan los poetas!... ¡Y cómo aman!... ¡Qué cosa tan grande es la poesia!... Toma, lee y verás.

ANT. No... no entiendo nada de eso. (*Con tristeza y enfado.*)

MAT. Es verdad... ¡Pobre Antonio! (*Con cierta lástima desdeñosa.*)

ANT. ¿No has echado de ver nada nuevo en torno tuyo, Matilde? (*Despues de una pausa.*)

MAT. No... nada.

ANT. Ayer tarde te embelesabas oyendo el arrullo de dos palomas.

MAT. ¡Si!... acababa de leer una elegia encantadora, que me descubrió mil misterios en el canto monótono de aquellas tiernas aves.

ANT. Pues hélas aqui á ellas mismas que te vienen á presentar mi ramillete cotidiano, y á ofrecerte que repetirán cada tarde sus misteriosos arrullos.

MAT. ¡Pobrecillas!... ¡Presas entre esos alambres!... ¡Qué crueldad!... ¡No quiero esclavitud junto á mí!... ¡Aire, libertad, espacio... espacio donde tender las alas!..... (*Con exaltacion.*) ¡Quita allá esa jaula!...

ANT. Yo... no creia... Bien... adios. (*Turbado.*)

MAT. ¡Escucha! ¿Por qué te alejas con esa cara tan triste?.. ¿Has tomado á desaire?...

ANT. No... pero me dice el corazon...

MAT. ¿Qué?

ANT. ¡Que no me amas ya, Matilde! (*Con dolor profundo.*)

MAT. ¡Que no te amo!... ¿Pues qué has hecho que pueda motivar tal mudanza? ¿Quién merece mas que tú?..... Pero te confieso... ¿Por qué negarlo?... (*Exaltándose por grados.*) Que se opera un gran cambio en mi existencia. Mira: me parece que me está sucediendo lo que al pajarillo encerrado en su nido, que se vé lanzado de repente y por primera vez á las regiones del aire. Entonces conoce que tiene plumas, alas con que recorrer aquellos espacios inmensos que apenas podia percibir

confusamente con su débil mirada! Sepultados desde que nacimos en estos ásperos montes, no teniamos ni aun idea de lo que era la vida, el mundo, la felicidad. Hay goces infinitos que ni siquiera sospechábamos. ¿Has visto la corona de laurel, símbolo de gloria, que lleva siempre consigo nuestro ilustre huésped?

ANT. No.

MAT. La ciñó á sus sienes otro poeta célebre, llamado Cadalso, la noche en que se estrenó su tragedia *Safo*. ¡Oh! ¡Qué tragedia!.. Toda la noche me la he pasado recitándola. Poseo una hoja del sagrado lauro que conquistó su autor. La guardo como un tesoro. Cuando toca mi pecho, parece que despierta en él desconocidas y ardientes aspiraciones... ¡La gloria! ¡Ah! Solo un instante de ella debe valer mas que cien vidas como la nuestra, Antonio.

ANT. Para mí no. Mi gloria, mi felicidad se fundan en amarte. No sé mas que eso, ni quiero saberlo.

MAT. ¡Pluguiera al cielo que me sucediera lo mismo! Pero no depende de la voluntad... ¡Soy desgraciada, Antonio!... ¡muy desgraciada!...

ANT. ¡Tú!... ¡Ah! No me lo digas, Matilde, si no puedo con mi sangre, con mi vida, trocar en alegria tus pesares.

MAT. Si, si... ¿No sé apreciar acaso el valor de tu ternura?.. (*Con emocion.*) ¡Han sido tan tranquilos y tan puros los años de nuestra infancia que hemos pasado juntos!.....

ANT. ¡Ah! ¿Te acuerdas?... (*Con entusiasmo.*) Apenas despertabas, corrias á buscarme para que fuésemos á almorzar en algun cercano bosquecillo. Mientras tú preparabas las tortas y la leche, yo tejia guirnaldas de silvestres flores, con las que adornaba tu frente, mas pura que todas ellas. Los malvises y los tordos, que celebraban con sus gorjeos nuestro festin matinal, acudian á tomar parte en él, saltando bulliciosos de entre los matorrales, y disputándose á nuestros piés las migajas de pan con que los convidábamos.

MAT. ¡Cierto! (*Conmovida.*)

ANT. Los dias de fiesta, despues de oir misa, visitábamos siempre á todos los pobres del lugar; y ¡qué alegria la suya cuando nos veian llegar con la sonrisa en los labios y la limosna en las manos!...

MAT. ¡Cuántas bendiciones nos daban!..

ANT. ¿Te acuerdas Matilde?.. Trepabas las montañas apoyándote dulcemente en mi brazo, y á veces no pronunciábamos palabra, embelesados los dos con los susurros de las ramas, el piar de los pajarillos, el lejano estruendo de la cascada que solia llegar á nuestros oidos entre los mil perfumes del aire.

MAT. Entonces no concebia ventura mayor que aquella... y aun ahora... Antonio, aun ahora me parece que se calman las agitaciones de mi espíritu con su apacible recuerdo.

ANT. Entonces, sin embargo, deseábamos algo mas, que pudiéramos tener al presente.

MAT. Eramos dos niños. (*Turbada.*)

ANT. Eramos dos amantes, y ahora podemos ser dos esposos.

MAT. No te merezco, Antonio. (*Agitada.*)

ANT. ¡Yo si que soy indigno de esa dicha celeste!.. Pero tú me enseñarás á agradarte, á merecerte, Matilde. ¿Sabes que en estos momentos se está tratando de nuestro enlace eterno?

MAT. ¡Cómo! ¿Qué dices?

ANT. El párroco ha llamado á mi padre, que ha ido resuelto á pedirle tu mano.

MAT. ¡Mi mano!

ANT. Madre asegura que nada hay que temer, que todo se arreglará, ¡que serás mia!

MAT. ¡Tuya!.. Pero...

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA *con una taza de leche en la mano.*

LUISA. Señorita, leche calentita para el desayuno... con espuma, como á usted le gusta.

ANT. Ya sabes que es cargo mio el servírsela. (*Toma la taza que presenta á Matilde.*) ¿Quieres que la ponga azucar?

MAT. No... quita. (¡Nuestro enlace eterno!..)

ANT. Si prefieres...

MAT. Nada; no tengo apetito.

LUISA. Pero, ¿se ha de quedar usted en ayunas?

MAT. Mas tarde...—Mira, Antonio, llévate á mi cuarto esas pobres palomas, y pon en agua las flores.

ANT. ¿Conque las aceptas?... ¡Ah, gracias, Matilde mia, gracias!..

MAT. Iré luego para que acabes de referirme... Estoy en este instante muy agitada.

ANT. Yo tambien... Si, te esperaré allá. Es menester que hablemos despacio. ¿No tardes, eh?..

MAT. No.

ANT. ¡Venid! . Ya sois suyas! (*A las palomas.*) ¡Suyas para siempre como yo! (*Se va llevándose la jaula y las flores. Matilde se deja caer sobre el banco.*)

ESCENA XII.

MATILDE, LUISA.

MAT. ¡Oh, Dios mio!

LUISA. Señorita, ¿qué es eso?.. ¿Está usted mala?

MAT. ¡Ojalá! Quisiera morirme.

LUISA. ¡Ay Jesus!.. ¿Don Victor de San Adrian?..

MAT. ¡Calla! no pronuncies ese nombre.

LUISA. ¡Vamos! ¡El pobre Antonio ha sido sacrificado!..

MAT. ¡Nunca!.. ¡Mientes!.. (*Se levanta agitada.*)

LUISA. ¿Pues negará usted que nuestro huésped?..

MAT. No puedo negar ni explicar lo que me inspira. Sus miradas me fascinan, sus palabras me abren un mundo nuevo, que me atrae con el poderoso encanto de lo desconocido. Su amor, que no se prodiga, que apenas se deja entrever, parece que excita el corazon á perseguirle. No conozco á ese hombre mas que por su gloria; pero entre esa atmósfera resplandeciente que le rodea, la imaginacion columbra todo lo bello, todo lo grande, todo lo sublime!

LUISA. ¿Y Antonio?..

MAT. Antonio me ama con un amor que conozco... que mido... que poseo tranquilamente. No tiene para mi alma misterio alguno. (*Con emocion.*) Pero, ¡ah!.. él está unido á todas mis esperanzas de felicidad doméstica... á todos mis recuerdos de inocencia y de alegria! Él ha sido el compañero querido de mi niñez, y el que yo eligiera tambien para los tristes años de la ancianidad! Él, Luisa, solo él quizá guarda en su corazon la infinita ternura que ha menester el mio.

LUISA. Segun eso, ¿se casará usted por fin?

MAT. ¡Oh! Se me ocurririan terribles comparaciones... no podria olvidar á San Adrian... no alcanzaria á destruir las nuevas aspiraciones que él ha despertado.

LUISA. Pues desengañe usted de una vez al pobre mozo.

MAT. ¿Destrozar su corazon? ¿Apartarlo de mí? ¿Renunciar á ese afecto tan antiguo como mi existencia?.. ¡Imposible!

LUISA. ¡Cosa mas rara!

MAT. ¡Estoy loca!.. ¡Déjame... déjame sola con mis desvarios!..

LUISA. No por cierto, que aqui tiene usted al causante de tanto embrollo, que viene á prestarle compañia.

MAT. ¡Ah! (*Entra San Adrian.*)

LUISA. (¡Dos amores, Dios mio! Si sobra uno para volver tonta á una pobre mujer, ¿qué será cuando vienen á pares?)

ESCENA XIII.

DICHAS, SAN ADRIAN.

ADRIAN. Los anzuelos y las redes estan prontos, Matilde. (*Los suelta y se acerca á ella.*) Cuando usted guste comenzaremos la pesca. ¡La mañana es deliciosa!

MAT. En efecto, pero... (No debiera ir, y no acierto á negarme.)

ADRIAN. Póngase usted su gran sombrero de paja, y estamos listos.

MAT. Trae el sombrero, Luisa.

LUISA. Bien. (Le advertiré al señorito que se van á pescar... No quiero contribuir... ¡Hum! ¡Me encocora el amor número dos!) (*Haciendo una mueca á San Adrian, que habla bajo con Matilde.*)

ESCENA XIV.

MATILDE, SAN ADRIAN.

ADRIAN. No lo niegue usted, esos lindos ojos han llorado.

MAT. Pues bien, si; ¿pero qué le importa á usted?

ADRIAN. ¿Puede usted preguntarlo?

MAT. Usted abandonará estos campos dentro de algunas semanas, y entonces... no le llegarán ciertamente los ecos de mi llanto.

ADRIAN. ¡Matilde!

MAT. Usted se lanzará á su porvenir de gloria, y yo... yo me casaré con Antonio.

ADRIAN. ¡Con Antonio!... ¡Cruel!... ¿Y me lo dice usted asi, en este momento?.. (¡Qué bonita está con sus lágrimas!..)

MAT. ¿Lo siente usted?..

ADRIAN. ¡Ah! ¡bien lo estais viendo, ingrata!

MAT. ¡San Adrian!.. ¡San Adrian!... ¿Por qué ha venido usted á nuestras montañas?

ADRIAN. ¡Para amarte, Matilde!.. para... (¡El novio!)

ESCENA XV.

DICHOS, ANTONIO, LUISA.

LUISA. (*Bajo á Antonio, que se detiene turbado.*) Acérquese usted y dése por convidado.

ANT. (Pero si ella se enfada...)

LUISA. ¿Por qué?... Mientras usted le habla, yo entretengo al otro, dándole estas cartas que le han traido. (*Antonio se acerca á Matilde, Luisa á San Adrian.*)

ADRIAN. (Seria mengua cederle á ese patan...)

MAT. (Me vende mi emocion.)

LUISA. Caballero, por el correo de Pamplona han venido...

ADRIAN. ¿Cartas para mí? (*Las toma.*) Las aguardaba impaciente.

ANT. ¿Vas á salir, Matilde? (*Mientras San Adrian abre y recorre las cartas.*)

MAT. Me ha convidado á pescar el señor don Victor.

ANT. ¿Y... Luisa?... ¿no te acompaña Luisa?

MAT. Es igual. (No sé por qué me tiembla el corazon.)

ANT. ¿Ves?.. ¡No me dice que vaya! (*A Luisa que se acerca animándole.*)

ADRIAN. (¡Bien! El conde de Larraga deja á Pamplona para ir á sacar del colegio á su hija, y me indica claramente que me la destina para esposa. (*Abre otra carta.*) Esta es de su celibataria hermana doña Leonor, cuyas riquezas heredará tambien mi futura. (*Abriendo otra.*) Sermones como siempre.— Esta es de Madrid.

ANT. Matilde... yo tambien te acompañaré, si no te incomoda. (*Animado por Luisa.*)

MAT. Lo que quieras. (*Mirando siempre con inquietud á San Adrian.*) (¿Qué contendrá esa carta que tanto le agita?..)

LUISA. Si señor, vaya usted, no hay que andarse con melindres. (*Bajo á Antonio.*)

ADRIAN. (¿No habré entendido mal?.. (*Regocijado.*) ¡Será posible que al fin logre!... ¡Si!.. ¡Si!.. ¡No queda duda!... (*Leyendo.*) «Vente corriendo, amigo mio. El conde de »Aranda no te ha engañado al ofrecerte su proteccion, »por mas que haya tardado en hacerla ostensible. Res»tablecidos ya el órden y la paz en todo el reino, y co»menzándose á publicar una larga série de benéficas »disposiciones que harán memorable su administracion, »este grande hombre de Estado, que sabe utilizar el »talento donde quiera que le encuentra, me ha hablado »ayer de tí con justos elogios, dejándome comprender »que á tu regreso serás honrado con un cargo diplo»mático, segun ha sido siempre tu anhelo.»—¡Un cargo diplomático!.. ¡Mi sueño!.. ¡Mi ambicion!.. ¡Bendita sea la carta de Cadalso!..) ¡Pablo! ¡Antonio!

ANT. Aqui estoy, mande usted.

ADRIAN. Mi caballo... un criado que me acompañe.

MAT. ¡Cómo!..

ADRIAN. Me voy al instante á Pamplona, para de allí trasladarme á Madrid. Corra usted. Que se disponga todo.

ANT. Al instante. (Váyase con sus malditos libros.) (*Con alegria. Váse.*)

MAT. (¡No es una pesadilla!..)

ADRIAN. Usted, Luisa, hágame el favor de arreglar mi maleta.

LUISA. En un abrir y cerrar de ojos... (¡Buen viaje!...) (*Váse corriendo.*)

ESCENA XVI.

MATILDE, SAN ADRIAN.

ADRIAN. (¡Se abre por fin esa puerta á la que tanto tiempo he llamado!... (*Como fuera de sí.*) ¡La proteccion de Aranda!.. ¡La mano de una rica heredera!... ¡Oh! ¡todo me sonrie ya!..

MAT. ¿Se va usted?.. ¿Es eso verdad?.. (*Acercándosele agitada.*)

ADRIAN. Es forzoso. Soy llamado á la córte; depende de ello mi destino.

MAT. ¿Y el mio?.. ¡Ah! ¿Cuál será el mio si usted me abandona en este instante?.. En este instante que me hace conocer todo lo que hay en el fondo de este pobre pecho!...

ADRIAN. Tranquilícese usted, Matilde. Su cabeza se halla en extraña exaltacion. (No comprende que esta partida la salva.)

MAT. Usted me ha dicho que me ama: usted me ha dicho que envidia á Antonio porque espera ser mi esposo... (*Con una especie de resolucion penosa.*) No lo será. Mi corazon se decide... ¡Es de usted todo! (*Bajando los ojos.*)

ADRIAN. (¡Inocente!... ¡Presume descubrirme un secreto!)

MAT. Soy libre; no conozco familia; puedo disponer de mi mano...

ADRIAN. (¡Su mano!...)

MAT. Usted solo es árbitro en este momento de nuestro comun destino.

ADRIAN. (Está loca) ¡Matilde!... Escúcheme usted. Debo ser franco y leal, porque soy caballero. Debo...

MAT. ¿Qué?... ¿qué?... (*Con ansiedad.*)

ADRIAN. Decirle á usted la verdad sin rebozo.

MAT. ¿Y esa verdad?...

ADRIAN. Es que usted me encanta... que la amo... porque tiene un bello corazon... porque es una niña seductora... Pero...

MAT. ¿Pero qué?...

ADRIAN. No veo en usted la mujer de mi porvenir... de mis aspiraciones... Usted es para mí...

MAT. ¡Basta!... ¡Ah! ¡Lo comprendo! ¡Yo soy para usted lo que es para mí Antonio!...

ADRIAN. ¡Matilde!...

MAT. ¡Si... es justo!... Usted no me juzga capaz de comprenderle. Usted vé una distancia inmensa entre el glorioso poeta y la pobre muchacha rústica, sin educacion, sin inteligencia, sin brillo! No le basta el amor de un corazon tierno... como á mí tampoco.

ADRIAN. Pues bien, si: usted lo ha comprendido. Nos divide un abismo. Mi repentina ausencia es un bien para los dos: porque usted puede ser feliz con Antonio, y yo tengo necesidades que el cariño de usted, por grande que

fuera, no satisfaria jamás. Pero llevo en mi alma el grato recuerdo de estos dias, y le juro á usted...

ESCENA XVII.

DICHOS, JULIANA.

JUL. Ea, señor don Victor, ya puede usted partir cuando guste. Mi marido, que acaba de llegar de la casa del cura y que queda á la puerta hablando con Antonio, le acompañará á usted hasta la primera posada, como es debido. Criados... caballerías... maleta... todo está pronto.

ADRIAN. Adios, Matilde. (*Mirando que permanece abatida y en profunda abstraccion.*) No me acuse usted de ingrato por haber sido sincero.

MAT. No. Soy justa. Adios, San Adrian. Acaso un dia... (*Con voz trémula. San Adrian la besa la mano.*) ¡Adios!

ADRIAN. (¡Pobre chica! Es lástima no poder conciliar...) (*Se vá mirándola.*)

JUL. (*Saliendo en pos suya.*) (Ya queda mi Toño libre de este espantajo. Me alegro.)

ESCENA XVIII.

MATILDE, *luego* ANTONIO.

MAT. ¿Acusarlo? ¿Y por qué?... Él no sabe todo lo que hay aqui. (*Llevándose la mano á la frente.*) ¿Y no ha de saberlo nunca?... ¿Moriré sepultada entre estos montes?.. ¡Imposible! ¡Yo necesito llegar hasta él!... ¡Lo necesito, y me siento con fuerzas para alcanzarlo! Él se ha ceñido la corona del genio... ¡Pues bien!.. ¡Yo tambien quiero esa corona!... ¡Yo quiero entrelazar con esta hoja (*Sacándola.*) mil y mil mas, para adornar mi frente!.. Quiero que me halle á su altura en ese mundo esplendoroso de la inteligencia y de la gloria!... ¿Cómo?.. ¿De qué modo emprenderlo?.. ¿De qué modo?.. ¡Ah! no lo sé... ¡pero no importa! Para poder vivir necesito esperar.

ANT. ¡Matilde!... ¡Matilde!... (*Entrando muy agitado.*) ¡Todo está perdido!

MAT. ¿Qué dices?...

ANT. ¡Perdido en el momento en que yo creia tocar la felicidad!

MAT. Explícate...

ANT. ¡Nos van á separar... para siempre! Vengo de hablar con padre. ¡Pero eso no puede ser!.. ¡No puede ser separarse uno sin esperanza de lo que mas ama en el mundo!

MAT. ¡No puede ser!... ¡no!...

ANT. Pero el párroco tiene órdenes terminantes de tu familia. Te destinan al claustro.

MAT. ¡Al claustro!... ¡Yo!...

ANT. ¡Mañana llegarán los que deben conducirte á aquel encierro perpétuo!...

MAT. ¡Tiranos!—¡No, no les reconozco ese derecho!—¡Se engañan! (*Con exaltacion.*) ¡No saben de lo que es capaz un corazon que ama!

ANT. Cierto. ¡Un corazon que ama se siente animoso, fuerte, decidido!

MAT. No hay obstáculos que no arrostre, miramientos que no desprecie, deberes que no sacrifique...

ANT. ¡Ah! si tú tambien lo sientes asi, si estás resuelta...

MAT. ¡A todo!

ANT. Entonces nada me intimida. El mundo es grande. Dios está en todas partes. ¡Huyamos, Matilde, huyamos!

MAT. ¡Qué!..—¿Tú tambien? ¿Tú me seguirias?..

ANT. ¡Hasta el mismo infierno, que seria un cielo contigo!

MAT. ¡Antonio!...

ANT. Soy rico: dispongo de la herencia de mi tio: puedo reunir dentro de breves horas una cantidad no despreciable. Todo lo dispondré con sigilo.

MAT. ¿Y tus padres?...

ANT. (*Conmovido.*) ¡Ah! ¡me aman tanto!... (*Con resolucion.*) Pero tú eres para mí mas que el universo!... No hay que perder un momento. Corro á tomar mis medidas, y esta noche...

MAT. No debo... no puedo aceptar tu sacrificio.

ANT. ¡Y qué!... ¿preferirás mi muerte?

MAT. ¡Tu muerte!...

ANT. ¡Yo no viviré si te pierdo!

MAT. ¿Pero y si yo no debiera, no pudiera darte sobre mí los derechos de esposo?

ANT. Me dejarás ser tu esclavo... ¡Pero huye... huye!... ¡No

permitas que te sepulten viva!

MAT. ¡Antonio!... (*Vacilante.*)

ANT. ¡Te lo suplico á tus plantas!... ¡Matilde!... ¡Por tí!... ¡Por mí!... ¡Por cuanto ames en la tierra!...

JUL. ¡Buen viaje! ¡Adios! (*Dentro.*)

LUISA. ¡Buen viaje! (*Idem, y se oye el galope de los caballos que parten. Matilde se estremece.*)

ANT. ¡Matilde! ¡Matilde!... (*Suplicante.*)

MAT. ¡Bien! ¡Acepto! ¡Partamos!

ANT. ¡Ah!!! (*Fijando sus labios con trasporte en la mano de Matilde.*)

MAT. ¡Que se cumpla el destino!

FIN DEL PRÓLOGO.

LOS TRES AMORES.

INTERLOCUTORES DEL DRAMA.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.....	Sra. Lamadrid.
DOÑA LEONOR DE ALFARO.	Sta. Buzon.
LUISA	Sra. Orgaz.
LA MARQUESA DEL PIÑAR.	Sra. Campos (D.ª Encarnacion.)
DOÑA CLARA, su hija.....	Sta. Molina.
D. VICTOR DE SAN ADRIAN.	Sr. Romea (D. Julian.)
ANTONIO.	Sr. Arjona (D. Joaquin.)
EL BARON DE BAIGORRI...	Sr. Romea (D. Florencio.)
EL CONDE DE LARRAGA...	Sr. Sobrado.
D. JUAN.....	Sr. Morales.
UN CRIADO.....	Sr. Serrano.

Caballeros.—Criados.

La escena en Madrid, cinco años despues de los sucesos del prólogo.

ACTO PRIMERO.

Gabinete decentemente amueblado, cuya mas notable decoracion son algunos bustos y retratos de escritores y artistas. —Una puerta ancha al fondo, que conduce á la sala: dos á la izquierda.—Un balcon á la derecha. Al mismo lado, mas cerca del proscenio, una mesa con papeles y libros, y junto á ella un sillon. (*La derecha é izquierda se entenderán siempre con relacion al actor.*)

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, *que aparece sentada en el sillon de junto á la mesa, y atentamente ocupada en leer.*

MAT. Cinco años hace que la estudio sin cesar... Mi alma se ha identificado con esta creacion del genio... y sin embargo, qué zozobra me agita! ¿Será que tenga miedo de ver trocada en realidad la ilusion brillante de mi vida?.. ¡Ser la intérprete de las ideas del poeta... el órgano que comunica sus sentimientos á una multitud palpitante que le escucha, le admira, le aplaude!.. ¡Participar de su gloria en aquella atmósfera de entusiasmo!..—¡Oh! la misma esperanza se atreve apenas á llegar á esa ventura inmensa.

ESCENA II.

MATILDE, ANTONIO.

ANT. (*Que entra jubiloso por la puerta del foro, con una cajita en la mano.*) ¡Buenas noticias!—No queda ya ni una localidad vacante: ¡ni una! (*Pone la caja en la mesa.*)

MAT. ¿De veras?..

ANT. ¡Vaya! ¡pues es poca la curiosidad que tiene todo el mundo por conocer á la nueva actriz que se estrena esta noche!.. Como que corre la fama de que es una maravilla de talento y de hermosura. ¡Voto á cribas! ¡y aun estan muy lejos de llegar á la verdad!—¡Qué bien le sienta ese peinado de Safo!

MAT. Basta para excitar el interés del público ser la aplaudida tragedia del gran poeta San Adrian la que se repite hoy, despues de seis años en que por primera vez pudo admirarla la córte.

ANT. Pues nadie dice palabra de la tal tragedia: se habla mucho de la que va á representarla; pero no mencionan al autor.

MAT. San Adrian ha estado mas de cinco años ausente de la córte, y en ese tiempo lograron brillar otros ingenios con aspiraciones de eclipsarlo. Él mismo ha descuidado mucho su gloria literaria, dedicándose exclusivamente á la nueva carrera que á su talento se abrió... ¡Pero no importa! Su ilustre nombre volverá á resonar sobre todos, desde el instante que se franquean nuevamente para sus obras las puertas de la escena.

ANT. Por mano tuya; que no es poca fortuna para él.—¡Cuidado que es casualidad!.. Despues de tanto tiempo que no haces mas que quemarte las cejas estudiando, acierras á decidir tu salida al teatro precisamente cuando ese hombre vuelve á España y se trata de revivir su tragedia.

MAT. (¡Casualidad!.. ¡Pobre Antonio!)

ANT. ¡Así está él tan orondo y tan!.. Como con los ensayos tienes que verle diariamente, apenas te deja momento libre... preocupándote tanto con su bendita obra, que me juzgo dichoso si consigo alguna vez darte siquiera los buenos dias.

MAT. Hemos convenido en que no te vea, porque podria reconocerte...

ANT. ¡Bah! Cuando no te ha reconocido á tí...

MAT. (*Con amargura.*) ¡Es verdad!.. (Nada queda en su memoria de la pobre niña de las montañas!)—Pero acaso el vernos á los dos despertaria sus recuerdos. Ademas... somos jóvenes, vivimos hace cinco años debajo de un mismo techo, sin ninguna autoridad que nos proteja, y para que no llegue á arrepentirme nunca de haberme confiado ciegamente á tu cariño y tu honor, es preciso, Antonio, que no te arrepientas tú tampoco de ser delicado y generoso.

ANT. ¡Nunca! ¿Me he quejado acaso alguna vez? ¿Te he revelado con una palabra, con un gesto, con una sola mirada los tormentos de este corazon?..

MAT. ¡Antonio!..

ANT. ¡Perdóname! no quise decir eso. ¡Soy feliz... muy feliz! Perdóname si alguna vez se me escapa, á pesar mio, un grito loco de esta alma ambiciosa. El amor no puede reinar en la tuya absoluto y omnipotente, como en ella...—¡Tu alma pertenece al arte! ¡Tu talento es del público!.. Pero ¡ah! (*Con ternura y asiendo una mano de Matilde.*) guarda para tu pobre Antonio esa mirada celestial de la mujer... ¡Esa sonrisa de ternura que ha de ser, quizá, su único bien en la tierra!

MAT. ¡Sí! te lo he jurado. ¡Cualquiera que sea mi destino, tú serás hasta el fin de mi vida lo que fuiste en su principio: mi compañero!.. mi amigo... ¡mi hermano!—Antonio! me seria imposible vivir sin tu cariño. ¡Créelo! —Pero dejemos una conversacion que nos conmueve á ambos.—Escucha: ¿sabes que he tenido una aventura?

ANT. ¿Tú?

MAT. Como vivimos cerca del Prado, bajé á pasearme un rato esta mañana.

ANT. ¿Sola?

MAT. No; con Luisa, que charlaba sin cesar recordando sus queridas montañas. Yo, sin embargo, apenas la oia. Preocupada de mi tragedia y echado el velo sobre el rostro, andaba maquinalmente, tan distraida que choqué de pronto con un anciano que venia en direccion contraria, apoyado en el brazo de uno que parecia su criado.

ANT. (*Vivamente.*) ¿Te hiciste mal?..

MAT. Ninguno, pero temí habérselo causado al pobre septua-

genario, y levantándome el velo con inquietud, le pedí perdon de mi atolondramiento. Mas apenas fijó los ojos en mi semblante, quedóse estático, trémulo, con la boca entreabierta, como si viese un fantasma.

ANT. ¡Eres tan bella!..

MAT. No revelaba su expresion un asombro de esa índole: era otra cosa... No sabria definirla.—Cuando le repetí mis escusas, el sonido de mi voz acabó, al parecer, de trastornarle. Abrió los ojos espantosamente, lanzó un grito, me tendió sus brazos, y cayó sin sentido en los de su acompañante.

ANT. ¡Cosa extraña!—¿Será alguno que te conociese en nuestra aldea?

MAT. No recuerdo haber visto antes aquella cara venerable.

ANT. Si llegasen á reconocerte...

MAT. ¡Bah! Logramos eludir las pesquisas de los primeros años, y ahora ya es probable que no nos busque nadie.

ANT. Luego, solo para mí eres Matilde. El mundo no te conoce sino por el nombre de Celia, que has adoptado, y que harás glorioso desde esta noche.

MAT. No creas, sin embargo, que desdeño las precauciones. Ya está Luisa muy sobre aviso para no incurrir en indiscrecion si alguien se atreve á interrogarla.—Pero con la historia de mi paseo no te he preguntado todavia qué cajita es esa que depositaste al entrar sobre mis papeles. (*Se acerca y la toma.*)

ANT. ¡Ah... si!.. ¿Te acuerdas de aquella joya tan bonita y que te agradó tanto hace tiempo?

MAT. (*Matilde que ya ha abierto la caja.*) ¡Es esta... si!.. La vimos en casa del diamantista de la reina.

ANT. No se habia vendido todavia y puedes por tanto lucirla esta noche en el teatro.

MAT. ¿Pero estás loco? Esta alhaja vale mucho, y nuestros fondos despues de cinco años de continua explotacion, se hallan casi espirantes.

ANT. Cierto. No era justo que tú carecieses de nada, y los libros... los maestros... Pero ya volveremos á reponernos, y por de pronto debo decirte, que el regalillo que te hago en tu gran dia, no ha disminuido en lo mas mínimo el pobre resto de los fondos comunes.

MAT. ¿Pues de dónde has sacado el dinero?

ANT. ¿No me sueles preguntar, desde hace tiempo, en qué me

entretengo la mayor parte de las horas que paso fuera de casa durante el dia?

MAT. Y aun la noche.

ANT. En efecto...

MAT. Llegué á figurarme que te agradaba mucho charlar con la hija de nuestro vecino el ebanista.

ANT. ¿Sospechaste eso? ¿De veras?..

MAT. ¡Claro! ¿A qué habia de atribuir?..

ANT. ¿Y te enfadaste?..

MAT. No. ¿Por qué?

ANT. Perdona: es que yo soy tan necio que cuando tú hablas mucho con... ¡Es una locura! ¿Qué hay de extraño en... Pero el caso es que no habia de estarme perpétuamente hecho un holgazan, por mucho que se me resistiese dejarte sola dias enteros. Era preciso trabajar.

MAT. ¡Trabajar!.. ¿Y en qué trabajabas?

ANT. En lo que puede hacerlo un ignorante como yo. ¡Ya ves! No tengo el talento ni la instruccion que se requieren para nobles profesiones.

MAT. ¿Y qué?..

ANT. Me hice artesano.

MAT. ¡Artesano!..

ANT. Sabes que desde niño tenia cierta habilidad para eso de labrar maderas.

MAT. Pero...

ANT. Me arreglé hace mas de cuatro años con el vecino; puse mis cinco sentidos en la labor trabajando dia y noche, y al presente gano bastante por mi propia cuenta.

MAT. ¿Conque esa es la causa de tus largas ausencias?

ANT. Bien me cuestan; pero sin ellas no tendria hoy el gusto de adornar tu hermoso cuello, como lo hago, (*La quiere poner el collar.*) con el fruto de mis sudores.

MAT. (*Vivamente conmovida.*) ¡Antonio!.. ¡Quita!.. No merezco..

ANT. ¿Qué dices?..

MAT. No merezco tu abnegacion sublime. No debo por mas tiempo aceptarla.

ANT. ¡Matilde!..

MAT. ¡Soy culpable, muy culpable contigo! ¡Abuso indignamente de la grandeza de tu alma! ¡Te estoy haciendo infeliz!

ANT. ¿A mí?.. ¡No, mientes! ¡Yo no me cambio por el mayor rey de la tierra!.. Porque tú dejas que te adore; tú me soportas á tu lado...

MAT. ¡Para atormentarte!.. Aunque te quiero... ¡Dios lo sabe!

ANT. ¡Oh! ¡Mírame... mírame y leerás en mis ojos la dicha inmensa que me das con esa sola palabra! ¡Tú me quieres! ¡Yo te lo oigo decir estrechando tu mano contra mi pecho... ¡No pido mas, no deseo mas, Matilde! ¡Perezca en el momento en que ose rebelarse mi corazon contra esta felicidad de mi alma!

MAT. (*Con resolucion.*) ¡No, fuerza es que termine esta situacion terrible para ambos! ¡Fuerza es desechar para siempre vacilaciones locas, quimeras irrealizables!—El corazon no puede dividirse.—Yo te mostraré el mio por completo. ¡Leerás todos sus delirios, todas sus contradicciones... todas sus flaquezas!.. Y despues, Antonio, despues que lo hayas juzgado...

ANT. ¿Qué... qué?.. (*Se oye el ruido de un coche que para á la puerta, y Matilde se inmuta y se estremece.*) ¡Acaba!

MAT. (¡Es él!..)

ANT. ¡Matilde, esa palabra!..

MAT. Despues... mas tarde... sube San Adrian.

ANT. (*Con despecho.*) (¡Siempre ese hombre!..)

MAT. Nos reuniremos en el teatro.

ANT. Quisiera acompañarte...

MAT. Bien; sí: te llamaré cuando llegue el momento.

ANT. (*Besándole la mano.*) Hasta entonces. (¿Qué es lo que va á decirme, Dios mio?)

ESCENA III.

MATILDE, *luego* SAN ADRIAN.

MAT. ¡Insensata!.. ¿Está acaso en tu poder el término anhelado de este rudo combate? ¡No, no!..—Que el acaso decida. Me entrego á sus azares. (*Se sienta, y tomando los papeles aparenta leer.*)

ADRIAN. (*Desde la puerta del fondo en que se detiene mirando á Matilde.*) (Está sola y me espera sin duda. ¡Oh! es una organizacion de artista, ardiente, apasionada.—Para momentáneo descanso de mis tareas diplomáticas, no

podia depararme el destino mas deliciosa aventura.) (*Acercándose á Matilde.*) Tarde presento hoy mis homenajes á nuestra bella Melpómene. (*Le toma la mano.*) ¿Qué tiene usted?—Está fria esta mano.—Nublado ese semblante hechicero.—¿Acaso la emocion del inmediato triunfo?..

MAT. Puede que si... la prueba es decisiva; pero no me falta el ánimo. Siéntese usted.—Pronto sonará la grande hora, y quiero dar un último repaso á mi papel consultando al autor.

ADRIAN. El autor se ve sobrepujado por la inteligencia de su intérprete, y nada tiene que explicarle. Pero, ¡qué impaciente estaba por verla á usted en este dia de mútuas emociones!.. ¡de idénticas esperanzas!.. ¡Siglos se me han hecho los minutos! Desgraciadamente al regresar á Madrid me encuentro instalado en él á mi anciano deudo el conde de Larraga, que habiendo perdido á su hija única, ha cobrado horror á la montañosa Navarra...

MAT. ¿El conde de Larraga?..

ADRIAN. ¿Le conoce usted?

MAT. No, absolutamente. (Es el dueño de la mansion de mi infancia.)

ADRIAN. El buen señor distrae algo con mi conversacion la negra melancolia que casi trastorna su cerebro, y me ha tenido dos mortales horas hablándome sin cesar de su hija y de los ángeles que se le aparecen revestidos con las formas de aquella malograda hermosura. Tal es la causa de que no haya venido mas temprano.

MAT. Causa muy loable.

ADRIAN. Sin duda. Debo al conde una lisonjera preferencia. Me destinaba por esposa á la hija que llora, y aunque aquel proyecto nunca quizá se hubiera realizado, creo un deber el tomar en su desgracia mas parte que otro alguno.

MAT. ¿Fué usted amado de la señorita de Larraga?

ADRIAN. Ni siquiera me conoció. La pusieron en un colegio de Francia cuando solo contaba ocho años, y salió de él precisamente al marcharme yo á Viena.

MAT. ¿Era hija única?

ADRIAN. Si. Ahora no queda al conde mas heredera que su celibataria hermana, y despues de ella me parece que soy yo el pariente mas cercano. Pero hablemos de cosas

mas agradables. ¿Sabe usted que su fama cunde ya por Madrid? Sin mas que haberla oido en algunos ensayos, nuestros escritores mas notables le adjudican á usted unánimemente el cetro de la escena española.

MAT. ¡Es demasiado ponderar!..

ADRIAN. No por cierto. Cadalso me decia anoche que Madrid iba á saber por primera vez lo que era la tragedia, y el autor de la Raquel, aunque reñido hace algun tiempo con la musa clásica, me acaban de asegurar que está resuelto á escribir otra vez bajo sus severas inspiraciones.

MAT. ¿Pero usted?..

ADRIAN. ¿Yo?.. ¡Ah! ¡yo estoy encantado! orgulloso de que me quepa la gloria de ser el primero que alcance tan admirable intérprete. Usted atiza de nuevo con su divino soplo la casi extinguida llama. Usted hace revivir al poeta, hermosa Celia.

MAT. Seria un crímen que usted inutilizase en sí mismo los sagrados dones del cielo. Que se dejase arrancar su inmarcesible corona.

ADRIAN. ¡Oh! Vale muy poco esa corona, en la vasta esfera de la vida positiva. Pero ¿qué importa? Ayer, durante el ensayo, mientras mis amigos la aplaudian á usted frenéticos, y los mismos actores, electrizados por el génio, se sentian superiores á sus propias fuerzas, yo la contemplaba á usted silencioso y estático, dejándome arrebatar fuera del mundo real, mecido en alas de las mas bellas locuras.

MAT. ¿Esas locuras?..

ADRIAN. ¡Eran deliciosas! (*Con expresion, y aproximándose á Celia.*)

MAT. ¿Si?..

ADRIAN. Y tenian por punto de partida coincidencias singulares. (¡Oh! ¡qué ojos!)

MAT. ¿Cuáles eran esas coincidencias? ¿Pueden saberse?

ADRIAN. Su nombre de usted... el dulce nombre de Celia, es precisamente con el que yo he cantado á las bellezas que amaba.

MAT. ¿Conque ha tenido usted tantas Celias?

ADRIAN. No se llega á treinta años, y mas siendo poeta, sin haber prodigado los tesoros de la imaginacion... no quie-

ro decir del alma, porque confieso que no siempre es ella la que hace el gasto en amor.

MAT. (*Con cierto espanto.*) ¿Cree usted?..

ADRIAN. Pero ¿no es singular que fuese el nombre de Celia el que yo ponia siempre á mis musas? (*Con expresion apasionada.*)

MAT. (*Se rie forzadamente.*) En efecto. Es graciosa la coincidencia.

ADRIAN. Pues no es eso solo. Desde que la ví á usted por primera vez, hace quince dias, me pareció que no me era desconocida.

MAT. (¡Ah!...)

ADRIAN. Hubiera jurado que esa mirada divina se habia encontrado mucho antes con la mia. Que esa voz penetrante y grata me habia dirigido con frecuencia palabras inefables.

MAT. ¡San Adrian!

ADRIAN. (*Tomándole la mano.*) Y cuanto mas la contemplo á usted, mas parece ¡oh Celia! despertarse en mi mente aquel recuerdo.—¡Oh, si! es que yo la he visto á usted, la he oido en lo mas profundo de mi alma. El poeta concibió una belleza existente, aunque desconocida, que solo veia entonces con los ojos de su poderosa fantasia, pero que hoy contempla con su mirada de hombre... y la toca, y la devora con su aliento abrasado.

MAT. (*Levantándose trémula.*) (¡Qué vértigo!..)

ADRIAN. Tú eres, si, tú eres, ¡mujer divina! la maravillosa encarnacion del bello ideal de mi inteligencia! ¡Tú el objeto perpétuo de mi amor!

MAT. ¡No, no! Con una sola palabra podria probar... ¡Pero necesito creer! Necesito embriagarme con esos acentos que solo el genio posee!

ADRIAN. ¡Celia!... (¡Me ama!)

MAT. (*Desviándose dulcemente y señalando el reloj.*) Mire usted: pronto dará la hora. El teatro me espera... el triunfo que usted me anuncia hace ya palpitar mi corazon ambicioso. Cuando lo haya alcanzado; cuando el nombre que usted ponia á *todas sus amadas* sea un nombre único, ilustrado por el talento, repetido por la fama, y mio, solo mio... entonces, quizá entonces...

ADRIAN. ¿Qué?...

MAT. Permitiré al hombre célebre que me rinda su corazon,

con la corona que me haya tributado el entusiasmo de un pueblo!

ADRIAN. ¡Bien, acepto!—Pero ven, corre á conquistar esa corona que ha de ceñirte el amor. ¡Ven, Celia mia!

MAT. (*Vacilando un instante, y cediendo como á pesar suyo.*) ¡Oh!... ¡Victor! ..—Vamos. (*Se van por el foro.*)

ESCENA IV.

ANTONIO *y luego* LUISA.

ANT. (*Saliendo á la escena por una puerta de la izquierda al irse por la del foro Matilde y San Adrian.*) ¡Se vá con él!—Olvidó que me habia permitido acompañarla.—A lo mejor me cae una tristeza! (*Se deja caer en una silla.*) ¡Una opresion!... (*Pausa.*) ¡Soy un miserable!... (*Se levanta.*) Debia ser dichoso solo con verla contenta, y sin embargo...

LUISA. (*Que trae luz.*) Buenas noches.—¿Se ha ido ya la señorita?

ANT. (*Enjugándose vivamente una lágrima.*) Si... ya era hora.

LUISA. La modista estará allá para vestirla; pero bien quisiera yo tambien ir á ver aquello. En el lugar no conocemos nada de esas cosas, señorito.

ANT. (*Suspirando.*) ¡Y sin embargo, Luisa, éramos en él tan felices!...

LUISA. Cierto. Y ya que la señorita consiguió su empeño, que era hacerse comedianta, tiempo es de pensar en usted y...

ANT. No... todavia... todavia no merezco...

LUISA. ¿No lo merece?... ¡Vaya! pues es poco. Ni buscado por todo el mundo se encuentra novio igual.—Dejarse tratar como un hermano...

ANT. ¡Eh! ¡basta! Ella conoce que no hago mas que lo que debo. Ella... ella... En fin, no tienes que mezclarte en sus operaciones ni en las mias. (*Se levanta.*)

LUISA. Mi intencion...

ANT. (*Con entusiasmo y olvidando la presencia de Luisa.*) Ahora estará preparándose para salir á las tablas... Lleno el coliseo... Todos esperándola impacientes... Dentro de poco aparecerá, brillante como el sol... ¡y cuántos vivas! ¡cuántos aplausos! (*Con transicion amarga.*) ¿Qué

seré yo entonces para ella?

LUISA. ¡Ya! pero si sucediera lo contrario... Dicen las vecinas que tambien silban y chillan las gentes de los coliseos á los comediantes que no les gustan.—¡Jesus! ¡qué vergüenza será esa! Y diz que cada teatro tiene sus bandos, llamados chorizos los unos y polacos los otros, que se hacen guerra á muerte.

ANT. En efecto...

LUISA. ¡Ay, Dios mio! Si la silbaran se moria de seguro.

ANT. ¡Silbarla!... ¡á ella!...—Y yo me estoy aqui como un bolo, mientras que... No. Todavia puedo ser algo..... Puedo ahogar con mis manos y arrojar á sus pies al que se atreva... ¡Si! corro á su lado. Allí debo estar. Ese es mi puesto todavia. (*Se vá.*)

LUISA. Escuche usted...—¡Ya!... Se disparó como una flecha. —Es adoracion la que tiene por ella.—Pues me quedo sola cerraré la puerta, que me parece se ha dejado abierta el señorito, y me acostaré un rato, porque no pude dormir anoche con los gritos que daba la señorita recitando su papel. (*Vá á cerrar y en el mismo instante llegan á la puerta del gabinete el Conde y Doña Leonor.*)

ESCENA V.

CONDE, LEONOR, LUISA.

LEONOR. Aqui parece que hay gente, hermano.

LUISA. (¿Qué es esto? Lo que dije: no cerró la puerta el otro. ¿Pero qué visitas?...

CONDE. (*Entrando apoyado en su hermana.*) Apenas puedo tenerme.

LUISA. (*Que le reconoce.*) (¡Jesus Maria!... El viejo del Prado!)

LEONOR. ¿Vive aqui la señorita Celia de?... no recuerdo su apellido.

LUISA. (Espias del cura: de fijo.) Aqui vive, en efecto, una señorita llamada Celia.

CONDE. ¿Que estuvo esta mañana en el Prado?

LUISA. (¡No lo dije!) Puede ser... No sé si... ¿La conoce usted, caballero?

CONDE. La he visto, y quiero verla otra vez... Otra vez siquiera.

LEONOR. Siéntate, hermano: estás muy conmovido. (*Lo hace sentar.*)

LUISA. (¡Vaya! ¡con qué franqueza toman posesion...)

CONDE. Es preciso que yo la vea, Leonor.

LEONOR. Si, tranquilízate.—Diga usted á la señorita Celia que el conde de Larraga le ruega tenga la bondad de recibir su visita.

LUISA. ¿El conde de Larraga? (¡Ay, Vírgen santa, el amo de la finca del tio Pablo!)

LEONOR. ¿Ha oido usted?

LUISA. Si, señora, pero... (No hay duda : aqui anda la mano del cura y de los padres del señorito.)

CONDE. Dígale usted que le pido por Dios me permita verla un instante... oir de nuevo su voz...

LUISA. (¡Si! para acabar de reconocerla.)

LEONOR. No se detenga usted.—¡Vaya!

LUISA. Pero es el caso, señora, que la señorita Celia no se encuentra en casa.

CONDE. ¡Ah!...

LEONOR. ¿Dónde está? ¿Volverá pronto?

LUISA. (Eso quisieras.) Probablemente no, y yo ignoro dónde podrán ustedes hallarla. Soy su criada y no me dá cuenta de sus pasos.

LEONOR. Ya lo oyes, hermano. No es posible que la veas ahora. Quizá mañana...

CONDE. ¡Mañana!... ¡Esperar tanto!...

LUISA. (¡Vaya si tiene empeño!)

CONDE. Que la busquen... que la digan que hay aqui un pobre anciano que la espera, y que no se irá sin tener el consuelo de contemplarla.

LUISA. (¿No se irá?...)

LEONOR. En nombre del cielo, jóven, procure usted saber dónde se encuentra su señora. Tome usted. (*Le da una bolsa.*) Acaso gratificando á los criados... Nosotros esperaremos aqui.

LUISA. No hay mas criado que yo, y no tomo dinero de nadie, señora condesa. No vendo á mis amos.

LEONOR. ¡Venderlos!..

LUISA. Iré á buscar al señorito Antonio.—¿Está usted?—Él es quien debe responder á ustedes y juzgar sus intenciones. Si, señora, él vendrá y ustedes le dirán los motivos que tienen para hacer lo que hacen. (¡Habráse visto!) (*Se va por el foro.*)

ESCENA VI.

CONDE, LEONOR.

LEONOR. Ya ves, hermano: esta visita extraña nos hace objeto de sospechas y de desprecio, hasta de una criada. ¿Quién puede adivinar que el conde de Larraga venga afanoso con su hermana á casa de una mujer desconocida, solo porque esa mujer, á la que casualmente ha encontrado, tiene alguna semejanza con la hija que le arrebató el cielo?

CONDE. ¡Alguna semejanza!—¡Ah! Tú no la has visto. ¡Es ella, ella misma! ¡Su talle, su rostro, su voz... todo! Es el alma de mi hija que toma de nuevo las bellísimas formas que devoró el sepulcro.

LEONOR. Te trastornan el juicio esas ilusiones.

CONDE. ¡Ah, Leonor, lo sé!—Me tratas como á un maniático... —Ves en mí un viejo impertinente que chochea con su dolor.—¡Tú no has sido madre! (*Movimiento de turbacion en Leonor.*) ¡No conoces el supremo sentimiento del corazon!

LEONOR. Es verdad. Tuve la desgracia de amar una vez única, y de amar á un hombre que no mereció la aprobacion de mi hermano, que era entonces mi tutor y mi dueño absoluto.

CONDE. No aumentes mi amargura con los recuerdos de una injusticia pasada.—El cielo la ha castigado con sobrado rigor.—¿Qué me queda ya en el mundo?—¡Tú sola! ¡Tú, que no puedes perdonarme: que me prodigas por caridad cuidados dolorosos!

LEONOR. ¡Hermano!—No hablemos de eso. No eres ya el duro y orgulloso conde de Larraga que prefirió mi desgracia á deslustrar sus timbres, aceptando por cuñado á un hombre, solo por su talento ennoblecido.—¡Que le hizo morir de sesperacion!..—¡No eres ya mas que un flaco y afligido anciano, y te lo perdono todo... Dios lo sabe!

CONDE. ¡Leonor!..

LEONOR. Igual es ahora nuestra suerte. Ambos solos, tristes, sin arrimo ni esperanza... Ambos abrumados de riquezas inútiles que ha de heredar un pariente lejano, á quien casi no hemos tratado hasta ahora.

CONDE. Le amo, sin embargo, porque en él habia pensado para

esposo de mi hija. Era pobre y mi Isabel lo hubiera enriquecido.

LEONOR. Su muerte lo enriquece mas. No tenemos heredero mas próximo que San Adrian... Ese jóven de vasta inteligencia, pero de corazon árido. Ese ambicioso, que no nos aprecia sino en cuanto podemos contribuir á su engrandecimiento.

CONDE. ¿Y juzgándolo asi puedes admirarte de que corra en pos de un ángel, que hallo en el camino de mi tumba?

LEONOR. ¿Qué sabes de esa mujer?

CONDE. Sé mucho... ¡Su alma se retrata en su mirar celeste! Se revela en su acento dulcísimo!.. En aquella mirada y en aquel acento que son los de mi hija!

LEONOR. Si es cual imaginas, no me opondré ciertamente á que viva á nuestro lado, colmada de nuestros beneficios.—No parece rica: esta estancia no denota opulencia. Sus mejores adornos son algunos bustos de artistas. Quizá pertenece á esa clase... ¡Á esa clase que tanto has despreciado!

CONDE. (*Suplicante.*) ¡No mas!..

LEONOR. Aqui veo libros... Comedias... La poética de Luzan. (*Acercándose á la mesa y tomando los objetos que indica.*) Arte de declamar.—Una cajita artística que parece encerrar un retrato. (*La abre y se le escapa un grito.*) ¡Ah!

CONDE. ¿Qué has visto?..

LEONOR. (¿No es sueño?.. ¿No es delirio?.. ¡Él!..)

CONDE. ¡Hermana... Leonor!.. ¿Qué miras con tanta agitacion?

LEONOR. (*Reponiéndose.*) Nada...—Alguien se acerca. (¡No puede sostenerme!) (*Se deja caer en una silla.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ANTONIO, LUISA.

LUISA. (*Desde la puerta.*) Si, señor, es preciso que usted venga.

ANT. ¡Voto á!..

LUISA. Ahí los tiene usted.—No han abandonado el puesto.

ANT. (*Que entra agitado.*) (¡Faltar del teatro en estos momentos!..) Buenas noches. ¿Qué se les ofrece á ustedes, señores?—Esta mujer me trae á remolque, y tengo que marcharme al instante. ¿Me dirán ustedes en

qué puedo servirles?

LUISA. (*Bajo.*) No olvide usted que es el conde de Larraga.

CONDE. (*Vivamente.*) Caballero, lo que únicamente deseo es ver y hablar á la señorita Celia.

LUISA. El señorito es su hermano.

ANT. En efecto, señor conde; pero como su deseo de usted no puede ser satisfecho, le suplico me permita... (*En ademan de irse.*)

CONDE. Aguarde usted.—No me niegue el único consuelo que puedo tener en la tierra!

LUISA. (¡Es particular!)

ANT. ¿Pero...

CONDE. (*Vivamente.*) ¡Su hermana de usted es el vivo retrato de mi hija! ¡De mi única hija, que he perdido!..

ANT. ¡Ah!..

CONDE. Por estrecharla un momento sobre este corazon desierto, daria mi fortuna, mis títulos... ¡Todo eso conque no puedo comprar un minuto de felicidad ó de reposo!

LUISA. (¿Será cierto?) (*Leonor atiende silenciosa y agitada á este diálogo.*)

ANT. Ahora que usted se explica, señor conde, no tengo reparo en ofrecerle que logrará su anhelo. ¡Ella es tan buena!—¡Pero en estos momentos pertenece á Madrid, al arte, á la gloria!..

CONDE. ¡Qué!.. (*Con creciente interés.*)

ANT. Ya conoce usted que me es imposible permanecer aqui por mas tiempo. Mi alma se ha quedado en el teatro, á donde corro á resarcirme con usura de la angustiosa espectativa que tuve que sufrir. Conque... (*En ademan de irse.*)

CONDE. Luego ella?.. (*Deteniéndole.*)

ANT. (*Con entusiasmo.*) ¡Es actriz! ¡La primera de España, de Europa, del mundo! ¡Asi lo dicen todos!

LEONOR. (¡Cielos!..)

ANT. He visto á aquella muchedumbre subyugada por el genio, seguir palpitante cuantos impulsos le imprimia desde su trono la poderosa artista. La he visto alternativamente absorta, suspensa, arrebatada, temblar, llorar, gemir... hasta que el entusiasmo estalló al cabo en frenéticos y atronadores aplausos!

CONDE. (*Con casi infantil alegria.*) ¡A ella!..

ANT. ¡A ella, la reina del teatro! ¡Si viera usted qué delirio!

¡El arteson se estremece al eco de los vivas!.. ¡Las tablas de la escena son alfombradas con una lluvia de flores!..

CONDE. ¡Lléveme usted! ¡Yo quiero verla... aplaudirla tambien!.. ¡Lléveme usted al teatro!

LEONOR. (*Da algunos pasos hácia su hermano que no atiende á ella.*) (¡Qué!..

ANT. ¡Oh, si! Venga usted.—Que no haya nadie que no la contemple, que no la admire, que no la aclame!—¡Venga usted!...

LEONOR. ¡Conde!..

CONDE. ¡Al teatro, amigo mio!

ANT. (*Llevándoselo.*) ¡Si, conde, al teatro!

ESCENA VIII.

LEONOR, LUISA.

LUISA. (¡Cosa mas rara!)

LEONOR. (*Acercándose vivamente á Luisa.*) ¡Joven!—Estamos solas.—¡Es menester que yo lo sepa todo... todo!

LUISA. (¡Dios mio, qué aspecto!)

LEONOR. (*Con agitacion.*) ¿Quién es Celia? ¿Quién es ese que se llama su hermano?

LUISA. (¡Ay! todo lo que dijo el otro era farsa por lo visto.)

LEONOR. ¡Pronto, responda usted!

LUISA. Señora... (Y el señorito se ha dejado embaucar.)

LEONOR. ¡En nombre del cielo! ¡Por cuanto usted ame! ¿Quién es esa comedianta?

LUISA. Pero... usted lo está diciendo... Esa comedianta... es una comedianta.

LEONOR. Lo es ahora; mas antes de ahora, ¿qué ha sido? ¿Quiénes son sus padres?

LUISA. (No se anda con disimulos.)

LEONOR. ¡Hable usted!

LUISA. ¿Sus padres?.. Eran comediantes como ella... y sus agüelos... y sus bisagüelos... y toda su generacion.

LEONOR. ¡Falso!—¡Usted me engaña!

LUISA. Usted es quien se ha engañado, señora condesa, si esperaba sacarme algo.—(¡Chúpate esa!)

LEONOR. Soy rica... puedo hacer la felicidad de usted.

LUISA. Muchas gracias. No semos aqui desgraciados, por bon-

dad del señor.

LEONOR. ¿Cuánto tiempo hace que sirve usted á Celia?

LUISA. Desde que nací.

LEONOR. ¿Dónde nació usted?

LUISA. ¿Yo?.. En... en... (¿Cuál será el pueblo mas lejos del mio?)

LEONOR. Su acento de usted revela que es navarra.

LUISA. ¡Cá!.. No por cierto.—Mi madre si que era de aquellas tierras, y por eso quizá... pero lo que es yo... nací en el mar.

LEONOR. ¡En el mar!

LUISA. Hicimos cierto viaje... es decir, lo hicieron mis padres... Es decir, los amos de mis padres... que eran los padres de la señorita. ¿Queda usted enterada?

LEONOR. ¿Pero Celia?..

LUISA. Como toda la familia era de cómicos y andaba de aqui para allá, y los criados iban tambien... Podemos decir que nuestra patria es el mundo.

LEONOR. (*Yendo hácia la mesa, y tomando la cajita del retrato.*) (¡Ah! No la creo.) ¿De quién es este retrato? Diga usted.

LUISA. (¡Santa Maria! No me esperaba esto.)

LEONOR. ¿Conoció usted al original?

LUISA. ¿Al qué?..

LEONOR. Al hombre que representa esta imágen.

LUISA. No señora; ni mi señorita tampoco.

LEONOR. ¿Pues cómo se halla en su poder?

LUISA. ¿Cómo? (La Virgen mi ilumine.) Es una historia muy larga, señora condesa.

LEONOR. Refiérala usted.—Yo la escucho... y sabré recompensarla.

LUISA. Pues á decir verdad, el retrato era prenda de una amiga de la señorita. (¡Qué buena idea!)

LEONOR. ¿De una amiga?..

LUISA. ¡Ay! ¡pobre muchacha! Nunca conoció á sus padres.

LEONOR. ¿No les conoció?.. (*Con viva ansiedad.*)

LUISA. No, señora... Y desde la infancia llevaba á su cuello esa pintura, que le dejó por memoria á la señora Celia, en cuyos brazos murió.

LEONOR. ¡Murió!.. (*Como herida de un rayo.*)

LUISA. No nos olvidamos nunca de rezar cada noche un *pater nostre* por el descanso de su alma.—(La he dejado fria.)

LEONOR. (¡Muerta!.. ¡Muerta!..) (*Se deja caer en un sillon.*)

LUISA. (¡Vaya si le hace impresion el desengaño!) ¿Tenia us-

ted mucho interés en averiguar?..

LEONOR. (*Procurando disimular su emocion.*) No... ninguno personal... Mi hermano quiere favorecer á su señora de usted... y yo... yo debia inquirir si era merecedora...

LUISA. (*Con soflama.*) ¡Ya!

LEONOR. No he tenido otro objeto, y recompensaré, como ofrecí, las noticias que por usted tengo. (*Se levanta.*) Adios. (¡Muerta! ¡Dios mio!..)

LUISA. Aguarde usted.—Distraida sin duda no ha vuelto el retrato á su sitio, y me tomo la libertad de advertírselo.

LEONOR. Si... me olvidaba... (*Con esfuerzo.*) Tome usted.—Devuelvo esa prenda... Pero... yo conozco á la familia de aquella jóven... que ya no existe... Sé que rescataria á cualquier precio esa imágen, que para su actual poseedora no debe ser de extraordinaria valía...

LUISA. ¿Y quiere usted?..

LEONOR. Que le diga usted á Celia que deseo hablarla sobre el particular, y saber por ella todos los detalles de la vida y de la muerte de su infeliz amiga. Mañana, á las dos de la tarde, estaré aqui para pedirla un momento de conversacion á solas.

LUISA. Se lo diré, señora.

LEONOR. (¡Ah!.. ¡Desdichada!) (*Se vá.*)

ESCENA IX.

LUISA, *y luego* ANTONIO.

LUISA. ¡Qué ingenio he tenido! Todo se pega. Como mi señorita es tan hábil en eso de comedias, tambien yo me voy soltando de un modo...—Si la tal doña Leonor es amiga del cura, ó de mis viejos amos, ó de los padres de Matilde, que todo puede ser, buenos embustes les llevaba.—No, sino que cantaria yo la verdad, para que vinieran á atraparnos, soplando de rondon en el convento de marras á toda una reina del teatro, como dice el señorito. ¡Pero qué candidote es! Se tragó cuantas patrañas le dijo el viejo y le dió por la vena del gusto.

ANT. (*Entrando.*) Luisa...

LUISA. ¿Aqui otra vez?..

ANT. ¿Dónde está aquella señora.., la hermana de aquel señor?..

LUISA. ¿Del que usted se llevó?

ANT. Allá lo dejo loco de contento. Junto á Celia, besando sus manos... llorando... riendo... ¡Pobre anciano!

LUISA. ¿Pero la señorita?...

ANT. El éxito es completo. No se ha visto cosa igual. ¡No hay bandos! ¡No hay allí chorizos ni polacos! ¡Todo lo subyuga el genio! Los poetas estan entusiasmados. La van á traer en triunfo hasta casa, con música y hachones...

LUISA. ¡Con música y hachones! ¡Ay, qué gusto!

ANT. Es universal el delirio.—Pero vengo por órden del Conde para llevar á su hermana al cuarto de Celia, donde la espera. De allí se volverán los dos á su palacio... —porque esos señores, Luisa, tienen un palacio! ¡Son grandes personajes!

LUISA. Claro.—¿No sabe usted que eran los amos de casi todo el lugar?...

ANT. Es verdad: no tengo cabeza. ¡Qué noche, Luisa! ¡qué noche! ¡Verla triunfante, feliz, resplandeciente de orgullo y de hermosura!—¿Pero la hermana del Conde?..

LUISA. ¡Toma! se ha ido.

ANT. ¿Sola?

LUISA. Y no muy satisfecha. Ya le contaré á usted y á la señorita cuanto ha pasado.

ANT. Si se ha ido, corro para acompañar al Conde á su palacio. El pobre señor está tan conmovido y fuera de sí, que no debo dejarlo ir solo.—Prepárale algo á Celia. Ya sabes que casi no ha comido hoy.—Hasta luego.—¡Ah! mira: que la cama esté bien mullida y caliente. La pobrecilla se ha fatigado mucho y la noche está destemplada.

LUISA. Descuide usted.

ANT. Pues agur. (*Hace que se vá y vuelve.*) Celia vendrá al instante; dejaré la puerta nada mas que entornada. No charles mucho: no renueves con preguntas las emociones violentas de esta noche.

LUISA. Bien.

ANT. Hazla acostar, y cuida de que quede bien cerrada la ventana del dormitorio, no se abra como el otro dia y tenga que levantarse ella, á riesgo de atrapar un catarro.

LUISA. Estoy en todo. Vaya usted tranquilo.

ESCENA X.

LUISA.

¡Válgame Dios! Mas parece padre que novio.—Pues señor, ¿conque tendremos música y todo eso?... ¡Me alegro! Que rabien las vecinas, que no saben mas que presagiar silbidos. ¡Ah! ya suena. (*Rompe la música en la calle.*) ¡Qué alegria! (*Corre al balcon.*) ¿Quién nos hubiera dicho en nuestro pueblo que nos esperaba en la córte tanta gloria? Allá que no le tocan el tamboril mas que al alcalde. (*Mirando por el balcon.*) ¡Cuánto coche á la puerta! La señorita se baja ahora de uno con su hermoso traje. ¡Cuántos caballeros que se precipitan á ofrecerle la mano.—Ella toma la de don Victor de San Adrian, que es siempre el preferido. ¡Cómo alumbran los hachones toda la calle! Parece de dia.—¡Hola! Las vecinas estan en su balcon, estirando un pescuezazo!.. ¡Bien! ¡Que rabien de envidia!—Ya suben todos.—Con la música le bailan á una los pies sin querer.—Abriremos de par en par esta puerta... (*Lo hace.*) Pero no vá á caber tanta gente en este gabinete y ni aun en la sala. —Ya estan aqui. (*Aparece Matilde con el traje de Safo entre un grupo de admiradores, entre los que se encuentra el baron de Baigorri, y á los que despide afectuosamente á la puerta, alumbrando la sala que antecede á la de la escena, hachones que traen algunos lacayos, como otros bandejas llenas de flores.*) ¡Qué divina está!—No se escapa de un abrazo apretado, como aquellos de cuando las dos eramos aldeanas.—¡Bueno!—Los despide á todos con mucho aquel...—Pero ¿á que no se vá el otro?

ESCENA XI.

MATILDE, SAN ADRIAN, LUISA, *el* BARON *y otros caballeros. Lacayos que la acompañan y se van.*

MAT. (*Desde la puerta á los amigos que despide.*) No mas.—Me confunden tantas distinciones. ¡Gracias, señores, gracias!—¡Nunca se borrarán de mi corazon los recuerdos de esta noche.—¡Adios, adios! (*Deja que algunos besen*

su mano, y entra en seguida con San Adrian, mientras los otros se alejan victoreándola.)

LUISA. (¡Les dá á besar la mano como una reina!)

BARON. ¡Viva la grande actriz!

VOCES. ¡Viva!

LUISA. ¡Viva! (*Saliendo al encuentro de su ama.*) ¡Señorita de mi alma!

MAT. (*Dándole la mano.*) ¡Luisa!

LUISA. (*Que desea y no se atreve á abrazarla.*) Yo... quisiera... (Me impone.)

MAT. ¿Qué?

LUISA. Nada... darle á usted mil enhorabuenas. (¡Quién abraza á una reina?)—(*Se repiten en la calle los vítores y entran los lacayos las bandejas de flores.*) ¡Cuántos vítores! ¡cuántas flores!

ADRIAN. ¡Pobres ofrendas, rendidas por el entusiasmo á la hermosura y al genio!

MAT. (*Tendiéndole la mano que él retiene besándola.*) ¡San Adrian!

LUISA. Con permiso... Corro á ver lo que dicen las vecinas. ¡Se las estará llevando el demonio!—¡Qué gusto, Dios mio! ¡Estoy loca! (*Se vá corriendo y palmoteando. La música se aleja.*)

ESCENA XII.

MATILDE, SAN ADRIAN *y luego* ANTONIO.

ADRIAN. (*Llevándola de la mano hácia el proscenio, cerca de la mesa, en la que han sido colocadas las bandejas de flores.*) Venga usted, ¡mujer sublime! ¡que yo realice lo que con la noble confianza de su fuerza, pronosticaba usted esta tarde.—Que yo presente de rodillas á la Melpómene española, la corona que un pueblo le tributa! (*Toma de entre las flores una corona de laurel, y se la ofrece doblando la rodilla.*)

MAT. (*Con fuego.*) ¡Si! ¡Usted es quien debe presentármela! ¡A usted se la debo, Victor de San Adrian!

ADRIAN. ¡No! el poeta ha sido superado, vencido por la inspiracion de su intérprete.—¡Usted es la verdadera Safo! ¡El alma poderosa, el fuego celeste que ha animado de súbito la estátua inerte del artista, que no supo prestar-

le sino la fria belleza de la forma! ¡Celia!—lo confieso sin rubor—su talento de usted al asociarse al mio, lo ha engrandecido venciéndole.

MAT. (*Con júbilo y orgullo.*) ¡Y bien! si esa orgullosa inteligencia reconoce al fin su igual... si el poeta de altivas aspiraciones encuentra hoy en una mujer el alma digna y capaz de comprender la suya... si usted me admira, si usted me halla á su altura, esa corona es mia de derecho. ¡Mia legítimamente, y puedo aceptarla y ceñírmela con orgullo!

ADRIAN. (*Levantándose.*) ¡Yo! ¡Que sea mi mano la que la ciña, trémula de placer, á esa frente inspirada!

MAT. ¡Aguarde usted!—Falta en ella una hoja. ¡Esta! (*La saca de su pecho.*) ¿La reconoce usted, Victor de San Adrian?

ADRIAN. (*Como esforzándose por recordar.*) Esa hoja.... Esa hoja...

MAT. Hace cinco años que un hombre de talento, de fama, abandonó en las montañas de Navarra á una pobre niña rústica é ignorante... ¡pero que le amaba con el primer entusiasmo de su corazon vírgen!

ADRIAN. ¡Ah!...

MAT. La abandonó juzgándola incapaz de comprenderle, y le dejó esa hoja, como limosna que la gloria dispensaba al amor.

ADRIAN. ¡Si!... ¡si!...

MAT. Pero la niña rústica juró á la gloria, por su amor despreciado, que esta hoja seria la primera de una corona esplendente, que usted mismo colocaria en sus sienes!

ADRIAN. (*Como recordando de pronto el nombre que buscaba en su memoria.*) ¡Matilde!

MAT. ¡Si, Matilde, que se dijo entre sus montañas—yo llegaré hasta él – y que ha llegado! (*Toma la corona, y se la pone con orgullo.*)

ADRIAN. ¡Matilde!.. ¡Matilde mia! ¡Perdon!... Te amaba entonces... Quizá te he amado siempre sin explicármelo.—¡Oh! ¡si!—¡Cuán hermosa eres!.. ¡Mírame! ¡mírame y verás en mis ojos un fuego que no ha podido extinguirse... que no se extinguirá nunca! (*En este momento aparece Antonio por el fondo.*)

MAT. ¿Qué son cinco años de sufrimientos comparados con

este instante?.. Con este instante supremo en que puedo decirte:—¡Victor, te comprendo! ¡Te comprendo y te amo!

ANT. ¡¡Ah!!

ADRIAN. ¡Ese grito!.. (*Se vuelve á mirar al foro, y tambien Matilde.*)

MAT. ¡Cielos!.. ¡Antonio!..

ADRIAN. ¡Qué!... ¿Tu novio?... (*Lanza á Antonio una mirada de celos.*)

ANT. (*Adelantándose pálido, pero con decision, y uniendo la mano de Matilde con la de San Adrian.*) ¡No!.. su hermano.—¡Nada mas que su hermano!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, *y luego* LUISA. *La primera aparece sentada y en actitud pensativa. La segunda entra un instante despues por la puerta del fondo. Las coronas y flores aun se ven esparcidas sobre la mesa.*

LUISA. ¡Jesus! ¡cuántas visitas! Cansada estoy de decir:—la señorita no recibe—la señorita se halla indispuesta—la señorita ruega á usted que la escuse.—Y despues de todo, me parece que poco gana usted con evitar el fastidio de tantas enhorabuenas de viva voz, pues aqui le traigo una carga de ellas por escrito. (*Presentándole una bandeja con cartas.*) Mire usted que primor.—Ya tiene usted papel para cogerse los papillotes durante una semana.

MAT. (*Abriendo sucesivamente algunos pliegos que va arrojando sobre la mesa.*) Del venerable y erudito Bayer, preceptor de los señores infantes y miembro del consejo del rey. Me felicita por mi triunfo, y asegura que Sus Majestades honrarán con su presencia mi segunda salida.

LUISA. ¡Sus Majestades!.. ¡Ay señorita! ¿Conque tambien Sus Majestades van á los coliseos?

MAT. Son los naturales protectores de las letras y las artes nacionales.

LUISA. ¿Tanto valen las letras y las artes?

MAT. Ellas, con su esplendor ó decadencia, caracterizan los reinados. Ellas dan la medida de la ilustracion de los monarcas y de la prosperidad de los pueblos.

LUISA. Diga usted, señorita, y ahora?..

MAT. Ahora empiezan á levantarse de una larga postracion, y no será el haberlas reanimado el menor título de gloria que consigne la historia al rey Carlos III.

LUISA. ¡Quién habia de creer!..

MAT. Este es un soneto de Cadalso.

LUISA. ¡Cadalso!.. ¡Qué nombre tan feo!

MAT. Un romance del jóven Iriarte. Un madrigal de Melendez.

LUISA. ¡Y qué mal que escriben esos señores! Todos son rengloncitos unos mas largos que otros y dejando en blanco la mitad del papel.

MAT. Jovellanos me manda su *Delincuente honrado.*

LUISA. ¿Le manda á usted un delincuente!.. Vaya con el regalo.

MAT. Garcia de la Huerta, entusiasta por Calderon y Lope, se lamenta de que aparezca una grande actriz cuando ya no hay teatro en España.—¡Oh! ¡lo habrá! (*Con entusiasmo.*) Los rasgos profundos de nacionalidad van desapareciendo: la civilizacion al difundirse semejará los pueblos unos á otros, y la literatura, reflejo exacto de las costumbres y de las ideas, presentará forzosamente menos matices. Pero el teatro no muere jamás en ningun pueblo que aun vive. ¡Cuando deje de reflejar las naciones, reflejará la humanidad! ¡el mundo!

LUISA. (*Con cándida admiracion.*) ¡Qué cosas dice!..

MAT. Deja allá esos papeles: los veré luego.—¿Qué hace Antonio?

LUISA. Se marchó muy temprano, y esta es la hora en que no ha vuelto todavia.

MAT. (*Con inquietud.*) ¿Le viste? ¿Te pareció muy abatido?

LUISA. Estaba asi... sério... quebrado de color... Como que no fueron pocas las zozobras que pasó anoche el pobre con la tal trigedia. Pero en fin ya salimos de sustos, á Dios gracias. (*Suena la campanilla.*) ¡Ay Dios! ¡qué campanillazos!—Alguna otra visita.

MAT. Quizá Antonio... ¡corre! (*Levantándose vivamente.*)

LUISA. Ó el señor de San Adrian.—¿Entra ese?

MAT. (*Despues de un momento de vacilacion.*) Si... Pero nadie mas que él... ó Antonio.

LUISA. No olvide usted que tambien debe venir la hermana del conde por aquello del retrato... (*Suena de nuevo la campanilla.*) ¡Voy! ¡voy! (*Se vá.*)

ESCENA II.

MATILDE, *y luego* LUISA.

MAT. (*Sentándose.*) ¿Por qué sucede á la loca embriaguez del triunfo esta laxitud extraña?—¿Será la esperanza de un bien mas dulce que su posesion? ¿Tendrá el alma mayor poder para el deseo que para el goce?.. ¿Ó es que Dios en su justicia hace amarga toda felicidad egoista?—¡Antonio!.. ¡Antonio!.. ¡El heroismo de tu amor deja humillada la mezquina gloria de mi inteligencia! Tu abnegacion afrenta mi triunfo.—(*Se levanta agitada.*) Ha salido hoy sin dirigirme una palabra... sin verme... acaso despreciándome. Lo merezco. He corrido fascinada tras el resplandor del talento, hollando sin verlos los tesoros del corazon.—Eso es impío!—Pero no me maldigas, Antonio, porque... porque mi propio corazon te está vengando. (*Vuelve á caer llorosa en el sillon, y se cubre la cara con las manos.*)

LUISA. (*Entrando con una carta y un rico estuche.*) Señorita.... Otra carta y un regalo con ella.

MAT. ¡Un regalo!..

LUISA. Del señor baron de Baigorri, segun dice el portador. (*Dá la carta á Matilde, y mientras ella lee, abre Luisa el estuche.*) No conozco al tal personaje, pero si se anuncia con... ¡Ay señorita! ¡Son diamantes! ¡Diamantes gruesos como garbanzos y resplandecientes como estrellas!.. ¡Un regalo de rey!

MAT. (*Levantándose indignada y arrugando el papel entre sus manos.*) (El baron de Baigorri, que ayer por primera vez me ha visto en el teatro... ¡Qué insulto! ¡Qué insolencia!)

LUISA. Mire usted... ¡Mire si son hermosos!...

MAT. ¿Quién ha traido eso?

LUISA. Un criado de librea que espera contestacion.

MAT. Devuelve esa caja, y dile que mi contestacion es esta. (*Arroja á los piés de Luisa los fragmentos de la carta.*)

LUISA. (*Contristada.*) ¿Que vuelva la caja?..

MAT. ¡Al instante!

LUISA. (Admite flores y desecha diamantes .. ¡Qué tontas que son las mujeres de talento!) (*Se vá.*)

ESCENA III.

MATILDE *y luego* SAN ADRIAN.

MAT. ¡Qué! ¿ese mundo insensato mezcla la admiracion con el desprecio? ¿Corona á la artista y mancilla á la mujer?...

ADRIAN. (*Entrando.*) ¡Celia! ¡Matilde!...

MAT. (*Con vehemencia, mientras él besa su mano.*) ¡San Adri an ¡Cuánta hiel puede hallar el labio en los bordes del cáliz de la gloria!

ADRIAN. ¿En los bordes? ¡Oh! no, hermosa mia: la amargura de ese cáliz está toda en el fondo.

MAT. ¡Qué dice usted!... (*Con espanto.*)

ADRIAN. Nada. Dejemos ahora la gloria... para no dar celos al amor.—¡Qué linda estás!—Esa suave palidez te hace mil veces mas encantadora.—¡Soy dichoso! Estoy ufano, Matilde, porque oigo por todas partes tus alabanzas; veo en cada hombre un adorador tuyo, y yo me digo con orgullo:—esa mujer tan bella, esa actriz tan eminente, que todos desean, que todos aplauden... ¡es mia! ¡solo mia!—¿No es verdad?

MAT. Necesito creer que lo hago á usted muy feliz, Victor... necesito creer que soy muy amada... porque solo dando mucha dicha y recibiendo mucho amor me podré juzgar disculpable.

ADRIAN. ¡Disculpable! ¡Oh, Celia!...

MAT. No me dé usted ese nombre.—Me es ya odioso.—Es el nombre conque he sido insultada.

ADRIAN. ¡Usted!... ¿Quién ha podido?...

MAT. No lo diré nunca; pero hay un hombre que ha osado declararme un amor indigno... de una manera aun mas indigna.

ADRIAN. ¡Cómo!...

MAT. Un hombre que me ha enviado diamantes.

ADRIAN. ¿No es mas que eso?...

MAT. (*Con asombro de la calma de San Adrian.*) ¡Qué!...

ADRIAN. Amiga mia, esos son triunfos, que no ultrajes.

MAT. ¡Triunfos!... ¿Usted llama á eso un triunfo?...

ADRIAN. (¡Vamos! quiere hacerme comprender todo lo grande del mio.)

MAT. ¿Usted no vé un ultraje?...

ADRIAN. Pregúnteles usted si lo juzgarian tal á sus compañeras de teatro.

MAT. (*Como para sí misma y con cierta amargura.*) ¡Mis compañeras de teatro!... (*A él.*) ¡Ah! yo sé que en todas partes puede haber vicios y miserias, pero creia que en todas partes debia ser considerada la virtud y respetado el talento.

ADRIAN. El mundo es tal, bella amiga, que rara vez concede dos títulos de gloria á una misma persona.—Es preciso que usted tenga un alma mas grande, superior á esas punzadas de alfiler. Sin ello haria usted muy dichosos á sus enemigos.

MAT. ¡Enemigos!... Pero yo no los tengo, gracias al cielo.

ADRIAN. Es usted una niña adorable. ¡Qué ilusiones se forja!

MAT. No ofendo á nadie... nadie me conoce.

ADRIAN. La envidia conoce lo bastante para aborrecer desde que ha visto que hay mérito; y nunca deja de ofender la superioridad verdadera á la mediania pretenciosa.

MAT. Pero ¡Dios! ¿qué pueden decir de mí? ¿qué saben?...

ADRIAN. Cuando no se sabe, se inventa; y lo que inventa la maledicencia es, créalo usted, cien veces peor y mas odioso que cuanto puede ejecutar realmente la fragilidad humana.

MAT. ¡Oh! todo eso es horrible.

ADRIAN. Pero verdadero: sépalo usted, si lo ignora, y ármese de valor. La celebridad tiene esos corolarios.

MAT. Si es asi, ¡maldita sea!

ADRIAN. ¿Por qué?—Vivir es luchar, Matilde mia, y cualquier género de gloria es prueba segura de que una vez, al menos, hemos vencido. ¿Qué le debe importar á usted el saber que ya hoy la calumnian y la difaman sus rivales de la escena? Prueban con ello que usted las ha eclipsado. ¿Qué indicará mañana el que tambien la ca-

lumnien y la difamen tantos adoradores que al presente mendigan sus miradas? Indicará que usted no ha querido mirarlos.

MAT. ¡La calumnia!... ¡La difamacion!... ¡Ahora!.. ¡Despues!... ¡Oh, basta!—Sus palabras de usted me horrorizan.—¡No! yo no quiero esas victorias funestas. No es el corazon de la mujer para esa lucha impia. ¡San Adrian! El amor solo encendió mi ambicion, y ser amada debe ser mi única recompensa. Renuncio á estas coronas que se vuelven espinas. Desprecio el irrisorio laurel que al adornar la frente no la preserva del ultraje, no le imprime una majestad que demande el respeto. (*Arroja las coronas.*) ¡Quiero la felicidad! ¡Solo eso!

ADRIAN. ¡Oh, ven pues, Matilde mia, ven á alcanzarla en mis brazos!

MAT. (*Deteniéndole con dignidad.*) ¡Quiero la felicidad que puede recibirse sin vergüenza!

ADRIAN. (¡Oh! se ha identificado con la tragedia.)

MAT. ¡Victor! ¿me consagra usted todo su porvenir, como yo le consagro el mio?

ADRIAN. Ese tono solemne, bella amiga...

MAT. Es solemne tambien el momento que decide de la suerte de toda una vida. ¡Victor! ¿Me ama usted con todo el amor de su grande alma?

ADRIAN. Te amo, Matilde, con cuanto amor se puede amar á la irresistible belleza. ¡Te amo con el ardor de mi sangre, la ilusion de mi fantasia, la ufania de mi orgullo, que se embriaga con tu preferencia envidiable! ¡Te amo!...

ESCENA IV.

LOS MISMOS, LUISA.

LUISA. Señorita, ahi está ya la hermana del conde de Larraga.

ADRIAN. ¡Mi tia!...

MAT. Si; su hermano cree hallarme semejanza con la hija que ha perdido...

ADRIAN. Lo sé, y celebro mucho, Matilde, que esa feliz casualidad proporcione á usted la poderosa proteccion de una familia ilustre, *que es la mia*!

MAT. (*Mientras San Adrian va á tomar su sombrero.*) (La proteccion de su ilustre familia... No menciona su alian-

za. ¡Acaso me juzga indigna!)

ADRIAN. (*Volviendo á despedirse de ella.*) La dejo á usted sola para que reciba tan honrosa visita; pero nos veremos mas tarde: ¿no es verdad?

MAT. (*Con agitacion.*) Si: lo necesito.—Quiero que nos expliquemos... que nos comprendamos del todo.

ADRIAN. (*Mientras le toma la mano que estrecha á su pecho con galanteria.*) Nunca podré explicar toda la violencia del fuego que aqui arde, y seré muy desgraciado si Matilde no lo comprende ya.—(¡Ese aparato de virtud es una coqueteria deliciosa!) (*Se vá.*)

ESCENA V.

MATILDE, LUISA.

MAT. ¡Oh, qué nuevo vértigo!.. ¡Qué nueva excitacion dolorosa!

LUISA. Señorita...

MAT. (*Sin atender á ella.*) ¡Mide esta distancia, como antes midió la otra!.. ¡Me ama y no tiene valor bastante para elevarme hasta él!..

LUISA. Mándelo usted á paseo y punto redondo.

MAT. ¡No, no puedo dominar todavia este insensato anhelo!

LUISA. Pero recuerde usted que la hermana del conde...

MAT. ¡Ah, si!—Esa mujer dijo que conocia al original del retrato.—¡Venga! (*Se vá Luisa.*) Lo sabré todo! Sabré quién soy!

ESCENA VI.

MATILDE, DOÑA LEONOR.

LEONOR. (*Deteniéndose á la puerta.*) (¡Corazon, no me vendas!)—Señorita... (¡Ah, su semejanza con Isabel es verdadera! Ambas son retratos de mi madre!)

MAT. Señora... la agitacion de usted en este instante... la entrevista que se sirvió pedirme y el interés que me han dicho le inspira un retrato que poseo, todo me anuncia que no es usted extraña á la persona de quien tengo aquella prenda, muy cara tambien para mi corazon.

LEONOR. (*Con voz trémula.*) En efecto... he sido por largo tiempo la amiga mas íntima de... de la familia de la jóven

poseedora de aquel retrato. (*Con creciente emocion.*) Me han dicho que ha muerto... pero no es verdad.—Yo no puedo creerlo.—Necesito que usted lo desmienta. —Aquella jóven...

MAT. ¡Vive! No se ha engañado usted.

LEONOR. ¡Ah!.. vive!.. vive!—¡Pero entonces usted no se llama Celia... Usted es ella! ¡Matilde!.. (*Hace ademan de arrojarse en sus brazos, pero se contiene con esfuerzo, añadiendo amargamente.*) ¡Matilde... la que huyó con un amante indigno del asilo de su infancia!.. ¡La que llenó de dolor y de ignominia el corazon de sus padres!

MAT. (*Con altivez.*) ¡Señora! Soy una infeliz rechazada desde el nacer por esos padres que usted menciona, y no reconozco hoy en nadie el derecho de reconvenirme.

LEONOR. (*Llevándose la mano al corazon como para sofocar sus impulsos.*) ¡Ah!..

MAT. Usted misma; usted que me juzga con ese injusto rigor, ¿quién es? ¿Qué lazos la ligan con mi familia? ¿Qué interés tiene en mi suerte?—¡Dígalo usted! ¡Dígalo usted si quiere que responda á los cargos que ha osado dirigirme!

LEONOR. (*Con amargura.*) No... no podria usted responder... y sus padres... sus desgraciados padres... si se hallasen aqui, ante su hija, que los acusa despues de deshonrarlos...

MAT. ¡Señora!..

LEONOR. (*Con dolorosa energia.*) Moririan de dolor... pero no le abririan á usted sus brazos.

MAT. ¡Lo creo! ¡Los que abandonaron impiamente al fruto de sus entrañas... no las tuvieron nunca! ¡No, señora! ¡Nunca tuvieron entrañas!

LEONOR. (*Reprimiéndose de nuevo.*) ¡Matilde!.. usted es cruel... muy cruel con los que la dieron la existencia... con los que sacrificarian cien veces la suya por recobrarla á usted inocente, pura, honrada...—¡Oh! esta invencible emocion la dice á usted que no soy extraña á su destino. Que quiero y debo arrancarla del abismo de perdicion en que se precipita... Que soy...

MAT. (*Con ansiedad.*) ¿Qué... qué?..

LEONOR. (*Dominándose.*) Una amiga... una amiga de su desgraciada madre.

MAT. (*Vivamente,*) ¿Y el nombre? ¿El nombre de esa madre?

LEONOR. ¡Juró ante Dios en una hora de supremo dolor, que no lo sabria nunca una hija culpable!

MAT. (*Con orgullo.*) ¡Basta!—No por ella... no por esa madre, á la que nada debo, sino el abandono y una existencia sin nombre... por mí misma, por lo que á mí me debo, señora, rechazo una calumnia infame. De nada me acusa mi conciencia. Yo no he huido con un amante del albergue de mi infancia.

LEONOR. ¡Qué! ¿Antonio?..

MAT. ¡Es mi hermano! ¡El ángel protector de mi vida! ¡E alma mas grande y generosa que ha existido jamás!

LEONOR. ¿Qué dice usted?.. ¡Matilde! ¿No es usted la querida de Antonio? ¿No huyó usted con él porque le amaba?

MAT. ¡Amaba á otro, señora! A otro en pos del cual arrastré impia á aquel modelo de abnegacion sublime! A otro... que amo todavia... pero á quien jamás puedo pertenecer, porque tengo demasiado orgullo para ser su dama, y no tengo un nombre bastante ilustre para que me juzgue digna del de esposa suya. No tengo un nombre... ¿lo entiende usted, señora? ¡Porque no tengo padres!.. ¡Porque no son tales los que dan la vida y niegan la felicidad!

LEONOR. (*Que la ha escuchado con agitacion vivísima.*) ¿Ese hombre? ¿Quién es ese hombre?.. ¡Responde al instante! ¡Nómbralo!

MAT. ¡No!

LEONOR. ¡Nómbralo, Matilde!

MAT. Es el secreto de mi corazon, señora.

LEONOR. Aqui... cuando llegué... estaba aqui Victor de San Adrian...

MAT. (*Vendiéndose á pesar suyo.*) ¡Ah... por piedad!—Vaya usted.—Diga usted á mi madre que su hija no se ha deshonrado; pero que maldice la vida que le debe!

LEONOR. ¡No! ¡no!—Ella solo te dirá—¡eres mi hija!—cuando pueda darte con ese título, un nombre y una posicion que te igualen al que amas!

MAT. (*Con regocijo.*) ¡Yo!..

LEONOR. ¡No te pedirá que la abraces como á madre, hasta que puedas pasar de los suyos á los brazos de tu esposo! (*Hace ademan de irse.*)

MAT. (*Queriendo detenerla.*) ¡En nombre del cielo!..

LEONOR. ¡Tú lo has dicho! No es madre la que solo dá la vida...

¡Debe dar tambien la felicidad! (*Se vá precipitadamente.*)

ESCENA VII.

MATILDE.

¡Mi madre!.. ¡Es ella!.. ¡Ella misma!.. Me lo decian sus miradas... y tambien me lo dice el corazon.—¡Es ella! —Una misma sangre nos anima... ¡Si! ¡la misma sangre de orgullosa raza que ahogaba en mis labios la expresion de la ternura filial, y en los suyos el poderoso grito del amor materno!—¡Soy noble!... ¡Soy ilustre!... ¡Soy un digno miembro de esa famila soberbia!—¡Soy igual á él!—¡La aldeana que supo probarle que estaba á la altura de su inteligencia, podrá mostrarle pronto que se halla tambien al nivel de su rango!—¡Corazon! ¿eres tú quien se regocija?.. ¡Eres tú!.. ¿ó es el orgullo? —¡Qué importa!—¡Este momento es de vida! ¡de triunfo! ¡de ventura! ¡Consuela de todo! ¡Lo hace olvidar todo!—¡Ah! (*Viendo á Antonio que viene por el fondo.*) ¡No puedo verle en este instante, no debo! (*Se entra por una puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO, LUISA *y luego* MATILDE.

LUISA. Se ha ido. Pero estaba aqui, si señor, y preguntó por usted y dijo que le hiciese entrar cuando volviera.

ANT. (¡Sin embargo... ha huido al verme!) Bien; la esperaré. (*Se sienta con aire triste pero digno.*)

LUISA. ¿Sabe usted que ha estado á ver á la señorita aquella condesa... hermana de aquel conde?

ANT. ¿Doña Leonor?

LUISA. Parece que conoce á los padres de la señorita. ¡Oh! lo que yo deseo mas que nada, es volver á ver á ustedes como en otros tiempos... alegres los dos... felices.

ANT. ¿Yo?... ¿Feliz?...—Si: lo soy, Luisa: lo soy.

LUISA. Con poco se contenta usted.—No sé qué felicidad...

ANT. La hay grande, inmensa en el sacrificio completo. Vivir con lo que se ama es una dicha vulgar. Morir por

lo que se ama es una dicha celeste.

LUISA. ¡Morir!.. ¿Pero quién trata aqui de morirse?—¿Acaso usted?...

ANT. ¡No, no quiero morir! (*Como hablándose á sí mismo.*) Ella puede necesitarme todavia... y yo... yo tambien necesito asegurarme de que la hará dichosa ese hombre: que comprende el valor del tesoro que le entrego.

LUISA. ¿Del tesoro?...

ANT. (*Levantándose agitado.*) Lo sabré: lo sabré antes de abandonar para siempre estos sitios, en los que tanto he amado... ¡y donde tanto he sufrido!

LUISA. ¡Cómo!... ¿Usted quiere irse? ¿Usted deja á la señorita?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MATILDE, *y luego menos* LUISA.

MAT. (*Que ha oido las últimas palabras de Luisa, y se presenta pálida y conmovida.*) ¡No!... Lo has entendido mal.—¡Vete!

LUISA. (¡Hum!... Me parece que ya vá picando la mosca de los celos.) (*Se vá.*)

MAT. (*Con tono de triste y afectuosa reconvencion.*) ¡Antonio!.. ¿Has podido pensarlo? ¿Has abrigado la idea de abandonar á tu hermana?

ANT. Despues de dejar asegurada su suerte... no antes.

MAT. ¡Su suerte!... ¿Y su corazon?... ¿No cuentas para nada con su corazon... que te ama?

ANT. Le hago justicia: sé que es bello, noble, grande... y por eso debe comprender que ha llegado el momento de una separacion eterna.

MAT. ¡Eterna!...

ANT. Si, Matilde. Quiero que no haya ni una sola nube en tu horizonte de amor... Ni una sola espina en la corona de flores de tu felicidad. Quiero que la humilde y doliente figura de este pobre labriego, no se interponga nunca entre tu mirada y el astro espléndido de tu porvenir.

MAT. ¡Oh! si crees realmente que tu presencia no es necesaria á esa ventura que me deseas; si osas imaginar que el vacio que deje en mi alma tu afecto puede llenarse nunca... es porque ya no me amas.

ANT. ¿Que no te amo!... (*Con sonrisa amarga.*)

MAT. ¡Tú me dejas!

ANT. ¡No! te llevo conmigo. No puedes retirarte de mi corazon. No puedes arrancarme esta presencia interior que te identifica conmigo.

MAT. ¡Antonio!...

ANT. No me compadezcas. No acibares tu ventura acusándote de mi desgracia. ¡Hay en ella un tormento inefable, que yo no trocaria por todos los placeres del vulgo!—Pero no exijas que profane el santuario de mis sublimes dolores.—Yo te cedo toda, para llevarte toda... allá donde nadie me disputará la posesion de tu imágen... allá donde serás mia, Matilde, porque lo es mi alma!

MAT. ¿Luego vuelves?...

ANT. (*Con doloroso entusiasmo.*) ¡A nuestro pobre valle!... ¡Bajo aquel cielo que fué el primero que contemplaron tus ojos!... ¡A la tierra en que se imprimieron tus primeros pasos!

MAT. (*Con emocion, que crece á medida que vá renovando Antonio los recuerdos de sus primeros años.*) ¡Ah!...

ANT. Voy á recorrer aquellos campos en que rebuscábamos juntos las últimas flores del otoño... Aquellas montañas, aquellos huertos, aquellos jardines...

MAT. ¡Que no volverán á recibir la huella de mis plantas!...

ANT. ¡Pero que estarán siempre llenos de tus recuerdos!

MAT. ¡Ah! ¡Si! Yo los he saludado con himnos de júbilo, con cánticos de felicidad, al recobrar la salud despues de larga dolencia... En aquellos dias en que tus cuidados y tu amor me arrancaron, ¡oh, Antonio! de los brazos de la muerte.

ANT. ¡Asi los saludaré yo con gritos de mi alma, pareciéndome todavia embalsamados por tu aliento!—Esta, diré, esta es la piedra en que descansó á mi lado.—En aquel arroyo apagó su sed.—Bajo la sombra de aquellos álamos me dijo que me amaba...—Aqui besé su mano—allá prendí una flor en sus cabellos.—¡Las chozas, los rebaños, los caminos abiertos en las faldas de los montes, la iglesia de negros paredones, en cuyo viejo techo labran sus nidos las golondrinas... los peñascos, las aguas, los árboles... todo me hablará de Matilde! ¡Todo me guarda pensamientos, emociones, risas, cantos, melancolías de nuestra juventud!

MAT. ¡Antonio!..

ANT. ¡Allá te hallaré mejor que en este tumulto, en que apagan tantos ruidos las voces del corazon!

MAT. ¡Oh!..

ANT. ¡Déjame! ¡Déjame tornar al paraiso de mi dicha pasada! ¡Déjame ir á morir entre los recuerdos de mi vida... al lado de aquellos padres abandonados, que no tendrán ya nunca nietos que bendecir!

MAT. ¿Y yo?.. ¿y yo?..

ANT. ¡Tú!..

ESCENA X.

LOS MISMOS, LUISA *que se retira luego.*

LUISA. Señorita, esta carta de doña Leonor de Alfaro. (*Se la dá.*)

MAT. ¡De ella!.. (*Abre y lee.*)

LUISA. Y el coche del conde queda á la puerta esperándola á usted.—(¡Pobre señorito! ha perdido el pleito por completo.) (*Se vá.*)

MAT. ¡Antonio! Voy por fin á conocer á mis padres.

ANT. ¡Qué!..

MAT. La hermana del conde de Larraga me llama á su palacio. Me anuncia que esta noche, á presencia de toda su ilustre parentela, será explicado el misterio de mi orígen y me reconocerá solemnemente mi familia.

ANT. ¡Bendito sea el cielo, Matilde! Pero pues te otorga una familia, el deber que aun me retenia, cesa de existir, y el adios que nos vamos á dar en este instante... será el último!

MAT. ¡Nunca!

ANT. Si algun dia—¡jamás llegue!—Si algun dia derraman lágrimas esos ojos, que brillan ahora, á pesar tuyo, con el resplandor de la dicha... si algun dia vuelves á necesitar el corazon ó el brazo de un amigo... entonces, Matilde, haz llegar á mis montañas un eco, un suspiro de tus labios... y Antonio correrá á tus pies, mientras respire en la tierra.—Pero ahora... ¡Adios! (*En ademan de irse.*)

MAT. (*Deteniéndole.*) ¡Una palabra!—No sé lo que me guarda el porvenir.—Acaso hay algo aqui (*Apretándose el*

corazon con una mano.) de contradictorio y de inexplicable...—No intento retenerte en este mundo ¡que no es como lo sueña el entusiasmo! pero soy bastante egoista para pedirte una última prueba de tu generosidad infinita.—¡Antonio! Júrame por las dulces memorias de lo pasado, júrame que no me abandonarás hasta que haya sido pronunciada la última palabra de mi destino.

ANT. Esa última palabra será... No importa.—¡Matilde!.. Te lo juro!

MAT. (*Tomándole la mano que besa.*) ¡Ah, gracias!—Mi hermano es quien debe ponerme en los brazos de mi madre. —Te aguardo, Antonio.

ANT. ¡Iré!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de la casa del Conde, al que sigue otro, comunicándose ambos por anchas puertas ó arcos de columnas. Los dos salones adornados con lujo y profusamente iluminados. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, *y luego un* CRIADO *que se retira.*

LEONOR. (*Sale por la izquierda, hace sonar una campanilla y acude al momento el criado.*) Antes de la hora del sarao deben venir nuestros mas próximos deudos. Que entren á esta sala y lo mismo Antonio, el hermano de la señorita Celia. (Ella lo exige.) (*Se vá el criado.*) No mata la alegria, pues yo vivo.—Recobrarla pura, despues de llorar cinco años su pérdida y deshonor... Verla pasar de mis brazos á los del Conde, que la bendice llamándola hija...—¡Oh, alma hermosa, que fuiste tan desconocida y atormentada en la tierra! Gózate desde el cielo en este dia, y bendice tambien al fruto de nuestro amor. (*Pausa y se sienta.*) ¿Podré resolverme á traspasar tan presto el tesoro que empiezo á poseer? . ¡Si! Ella le ama y yo he jurado darle la felicidad.—¿Pero la hallará en el hombre que elige? ¿Merece San Adrian?.. No quiero escuchar mis prevenciones. Él la amó cuan-

do era una niña oscura: la ama hace cinco años, y la pureza y constancia de ese sentimiento, deben calmar mis maternales zozobras.

ESCENA II.

LEONOR, CRIADO, *y despues de retirarse este*, SAN ADRIAN.

CRIADO. (*Anunciando.*) Don Victor de San Adrian. (*Se vá.*)

LEONOR. ¡Ah, bien!—Mientras que mi hermano olvida sus pesares con las caricias de su nueva hija, yo aquí iré á certeza de que nada puede turbar el porvenir brillante que la destina. Yo sabré penetrar hasta el fondo del corazon de Victor.—¡Aqui está!

ADRIAN. Querida Leonor, he recibido el billete de usted, y acudo presuroso... tan presuroso como sorprendido.

LEONOR. No lo extraño. Una repentina reunion de familia... un sarao improvisado en estos salones, donde habitaban hace tiempo la soledad y el luto...

ADRIAN. No es eso, sin embargo, lo que mas me admira. Usted me indica en su billete que me cabe alguna parte en el motivo de tan raro suceso.

LEONOR. Creo haber dicho mas.

ADRIAN. En efecto... lo bastante para hacerme sospechar que se trata nada menos que de proponerme un casamiento.

LEONOR. Siéntese usted y hablaremos un poco... porque quizá sea cierto que deba decidirse esta noche su destino de usted.

ADRIAN. ¡Mi destino!..

LEONOR. ¿Cuál es el que usted anhela? ¿Qué proyectos, qué esperanzas abriga? Me interesa saberlo, antes de pronunciar ni una palabra mas sobre las intenciones de mi hermano.

ADRIAN. Mis proyectos, mis esperanzas, querida tia, se limitan por ahora á llegar pronto al término de la carrera emprendida.

LEONOR. Usted tiene talento, que sabe dirigir con su razon, y no dudo que hará sin grandes tropiezos su camino en el mundo. Pero independiente de la carrera que sigue, puede presentarse á sus ojos de usted otro porvenir envidiable.

ADRIAN. ¿Cuál? ¿Un gran casamiento? Las ricas herederas no son tantas y tan asequibles como usted parece presumirlo, amable tia.

LEONOR. Sin embargo, suponga usted por un momento que mi hermano, que le destinaba á usted su propia hija, deseara escogerle al presente otra esposa en la familia, diciéndoles á los dos:—Mis títulos, mis riquezas, cuanto poseo es vuestro desde ahora. Gozad de ello junto á mí: sed consuelo de mi vejez solitaria, y embalsame vuestra ventura este hogar doméstico que vió correr tantas lágrimas.

ADRIAN. ¿Pero usted?.. Usted, que es natural sucesora del Conde, puesto que no excluyen á las hembras las vinculaciones de su casa...

LEONOR. Entra en mi hipótesis que yo suscribo complacidísima á las disposiciones de mi hermano.

ADRIAN. ¡Ah! Si asi fuese...

LEONOR. (*Vivamente, sin poder ocultar su ansiedad.*) ¿Qué responderia usted? ¿Es libre su corazon? ¿Podria aceptar la esposa que le destinara su tio?

ADRIAN. (*Turbado.*) (Ese vivo interés... esa emocion...)

LEONOR. (*Con alegría.*) (Se turba... guarda silencio...)

ADRIAN. (¿Será ella misma? ¿A su edad?.. No es creible.)

LEONOR. (¡La ama! ¡Oh, si, la ama!) ¡Victor! ¿Qué suspension es esa? ¿Debo inferir?..

ADRIAN. (*Vivamente*) Nada.—Usted ha dicho que la eleccion del Conde recaeria indudablemente en dama de la familia, y á no ser la hija de la marquesa del Pinar, no alcanzo...

LEONOR. (*Con ímpetu.*) ¿Aceptaria usted á esa jóven?

ADRIAN. (¡Se ofende!..)

LEONOR. ¡Responda usted, Victor! ¿La aceptaria?

ADRIAN. (*Desconcertado.*) La mujer que mereciera la eleccion del Conde...

LEONOR. (*Con indignacion y ansiedad.*) ¿Cualquiera? ¿Indistintamente?..

ADRIAN. Señora... (¡Oh, es ella... y quiere que le diga que solo á ella aceptaria!..)

LEONOR. (*Levantándose agitada.*) ¡No! Usted se calumnia. Esa turbacion desmiente sus palabras. Usted no daria su mano á Clara del Pinar, porque es otra la que ama en el secreto de su corazon. Otra á quien nunca ha crei-

do poder llamar su esposa, pero á la que no sacrificará por cuanto hay en el mundo. Yo lo adivino... yo presiento... yo sé que es asi.—¿No es verdad, Victor? Responda usted sin miedo, con su corazon. Depende quizá de ello su suerte de usted y toda la felicidad de mi vida.

ADRIAN. (No cabe ya duda... ¿Ni en quién sino en ella puede el Conde renunciar sus títulos? ¿Qué otra mujer soltera conozco en la familia?)

LEONOR. ¡Ah, Victor!.. Ese largo silencio... esa vacilacion terrible me indican claramente...

ADRIAN. (*Con esfuerzo, pero resolucion.*) ¡Si! Debo confesarlo.—Usted no se ha engañado. Yo distingo, prefiero, coloco sobre todas, á una mujer digna, virtuosa...

LEONOR. (*Con alegria.*) ¡Ah!..

ADRIAN. Solo á ella escogiera si á mi corazon consultase...

LEONOR. ¡Lo creo!

ADRIAN. ¿Pero aprobaria usted mi eleccion? ¿Si le confesara mis sentimientos?...

LEONOR. (*Con viveza.*) ¡Los aplaudiria mi alma! ¡Diera gracias al cielo! (*Reprimiéndose.*) Porque estoy cierta de que esos sentimientos son dignos... de que la mujer que usted ama, y de la que es sin duda correspondido, merecerá desde luego la aprobacion del Conde.—Su nombre... dígame usted su nombre, San Adrian! Quiero, necesito oirle.

ADRIAN. ¿Su nombre? .. (¡Se resisten mis labios!)

LEONOR. ¡Si, si! ¿Se llama?...

ADRIAN. Usted lo sabe ya: lo adivina. ¿A qué exigirme?...

ESCENA III.

LOS MISMOS, CRIADO.

CRIADO. El señor baron de Baigorri.

LEONOR. ¡Oh!... ¡ese fátuo!—Recíbalo usted.—Pero quiero saber ese nombre: lo quiero, Victor, y solo despues de ello podrá usted comprender cuán grande es la ventura que le espera. (*Se vá por la misma puerta por la que salió á la escena.*)

ESCENA IV.

SAN ADRIAN *y luego el* BARON, *que se presenta magníficamente vestido, pero con cierto mal gusto y con toda la petulancia de un tonto engreido.*

ADRIAN. ¡La ventura que me espera!... Acaso sea verdad. Acaso no existe otra en este prosáico mundo que la de la ambicion satisfecha.

BAR. (*Entrando.*) ¡Hola, San Adrian!—Me alegro de encontrarle á usted. (*Vá á mirarse al espejo.*)

ADRIAN. (*Preocupado.*) Buenas noches, Baron.—(Las mujeres!.. ¿Quién hubiera sospechado que mi tia?... Pero aun es jóven... opulenta por sí, y con los títulos y la fortuna del Conde... ¡oh!)

BAR. (*Acercándosele.*) Si, amigo San Adrian: me interesa en sumo grado hacer á usted una pregunta.

ADRIAN. ¿Querrá usted que le diga el motivo extraño de esta reunion inesperada?...

BAR. ¡Bah! Supongo que será alguna nueva chochez de nuestro pobre Conde.—Otra cosa me preocupa: otra mas importante.—Me aseguran que está usted muy relacionado con la célebre comedianta Celia.

ADRIAN. (*Mirando receloso alrededor.*) ¡Yo!... (A buen tiempo viene este necio con...)

BAR. Todo el mundo lo dice.

ADRIAN. Pues todo el mundo se engaña. No tengo con esa jóven sino las relaciones indispensables entre un poeta dramático y una actriz distinguida.

BAR. ¡Claro! Lo que yo decia. En su posicion de usted no es posible que...

ADRIAN. ¿Mi posicion?... ¿Cuál es pues? ¿Qué sabe usted de ella?...

BAR. ¿Qué sé de ella?... Lo que todos: que no es usted rico, y que el culto de ciertas deidades requiere rentas como las mias.

ADRIAN. (*Con despecho.*) (¡No soy rico!... ¡ah!... sobrado tiempo he tenido que escuchar de boca de necios ese irritante reproche!)

BAR. Como usted comprende sin duda, se necesita algo mas que saber escribir versos y tener un puestecillo diplo-

mático, para poder rivalizar con personajes de importancia.

ADRIAN. (*Con amarga sonrisa.*) En efecto...

BAR. Quiero por tanto que me presente usted á la reina de nuestra escena.

ADRIAN. ¡Presentarlo á usted!... ¿Para qué?

BAR. ¿Para qué?... ¡Vaya una pregunta! (*Se rie.*)

ADRIAN. (*Con enfado.*) Tenga usted entendido, Baron, que Celia es una mujer que se estima.

BAR. ¡Vaya! Como que no lo sé.—¡Desdeñar tan ricos diamantes!...

ADRIAN. ¡Cómo! ¿fué usted quien?...

BAR. ¡Oh, amigo! no quiso admitir un aderezo de mil quinientos doblones.

ADRIAN. Eso le probará á usted...

BAR. Que es preciso otro de tres mil, y ya lo tengo comprado.

ADRIAN. ¡Baron!... (*Reprimiendo su enojo, como avergonzado de él y burlándose de haberlo sentido.*) Lo peor es que acaso diga verdad.

BAR. ¡Oh, amigo! conozco á las Danaes del teatro.—Asómese usted á uno de esos balcones y verá qué magnífico tren acabo de estrenar.—Lástima que sea de noche y no pueda usted distinguir bien.—Coche, librea, caballos... todo es nuevo, flamante, francés... nada de España. No hay aqui cosa que valga. ¡Estamos en un atraso!—Los hombres de gusto se deshonrarian con usar algo que fuese nacional.—¡Oh! ¡Paris, Paris!—¿Qué le parece á usted mi traje?—Tambien me ha llegado hoy. (*Volviendo á mirarse al espejo, mientras San Adrian se pasea agitado y pensativo.*) Acérquese usted, examine. Todo exquisito. Todo dispuesto del modo mas conveniente para hacer resaltar...

ADRIAN. (*Echándole una mirada irónica y burlesca.*) ¿La belleza de las formas?...

BAR. ¡La superabundancia del oro!—¡Oh, amigo! sin eso no hay nada: ni belleza, ni talento, ni virtud.—¿Ha fijado usted su atencion en las hebillas de mis zapatos?

ADRIAN. (*Con disgusto, y siempre paseándose.*) Si: soberbias.

BAR. ¡Tres talegas, amigo!—Pero como le decia á usted, estoy loco por esa mujer divina. Una conquista semejante aumentará prodigiosamente mi importancia. (*Acer-*

cándose á San Adrian y con tono de confidencia.) Porque tengo poderosos rivales.

ADRIAN. (*Con cierta inquietud.*) ¿Cómo?...

BAR. El embajador ruso nada menos.

ADRIAN. ¡El embajador ruso!...

BAR. Y el jóven duque de Aliaga. ¡Ambos millonarios, amigo!

ADRIAN. (¡Ah! ¡yo puedo serlo tambien!)

BAR. Imagine usted si debe enorgullecerse el que alcance preferencia.

ADRIAN. (Yo la tengo, y vendrá pronto el dia en que pueda ostentarla.)

BAR. (*Siguiéndole en sus paseos.*) Estoy resuelto, por tanto, á poner sitio á la plaza, haciendo llover sobre ella proyectiles de oro.—El duque y el embajador se preparan tambien; pero no los temo.

ADRIAN. (*Con sarcasmo.*) Lo creo: usted vale mucho.

BAR. ¡Cuarenta mil ducados de renta, amigo mio!

ADRIAN. (Tiene razon el necio, ¡vive Dios!)

BAR. Y ademas, mi práctica, mi estratégia, mis conocimientos topográficos en el campo de las bambalinas... ¡Oh! á mí me debió la hermosa Ladvenant su rápida reputacion. Yo he sacado de la mano, como quien dice, á la principiante Bermejo, haciéndola dar sus primeros pasos sobre una alfombra de flores... Como que soy íntimo amigo de Cañuelo, que redacta el *Censor*... y de los *Diaristas*... y de todos los gacetilleros, que dan ó quitan fama á su antojo, con un golpe de pluma...—¡Me tiemblan chorizos y polacos! ¡Le hice regalo á Tusa de una paliza!... A que no vuelve á silbar á la Tordesillas?—Dos doblones me costó la insinuacion; pero bien han redituado. ¡Cuántas sonrisas!... ¡cuántas dulces miradas!... Me adoran las actrices... y en general tengo un partido bárbaro con el bello sexo.—Se pagan tanto las mujeres de la elegancia y del *rumbo*..... Luego, como yo hago el mio á toda vela... (*Indicando su bolsillo.*) ¡Qué equivoquillo, eh?—Por estas salidas dicen las gentes que centelleo ingenio. Nicolás Moratin me repite con frecuencia que no me oye vez que no se halle tentado á escogerme por tipo de una excelente comedia.—Y yo le animo.—Ya usted comprende. Siempre es gloria servir de tipo al talento... contemplarse uno... verse reproducido... en las tablas.—Pero, como

decia á usted, no hay que perder tiempo. ¿Me presentará usted mañana?

ADRIAN. (*Hablando consigo mismo*) (¡Si... es preciso! Toda vacilacion es ridícula. Eso conviene hasta á los intereses de mi corazon... si es el corazon otra cosa que un órgano hueco, destinado simplemente á la circulacion de la sangre.)

BAR. ¿Qué? ¿Decia usted que mañana?

ADRIAN. ¡Eh, Baron! No he dicho nada.

BAR. Pero yo he preguntado si me presentará usted mañana.

ADRIAN. No puede ser sin anunciarlo á usted antes... sin pedirle á Celia permiso.

BAR. Pero si usted la vé esta noche...

ADRIAN. No la veré.

BAR. Si le escribe usted dos líneas...

ADRIAN. No hay aqui modo.

BAR. ¡Bah! yo lo proporcionaré al instante.—Hé aquí lapicero... con una esmeralda por cabeza.—¿Papel?... Entre estas cartas habrá alguna...

ADRIAN. (*Mientras que el Baron repasa los papeles que va sacando de sus bolsillos.*) (Leonor exige el nombre... quiere estar cierta antes de decidir... ¡Bien! ¡Sea!)

BAR. Justamente: lo que necesitamos. Una carta que solo contiene dos renglones, trazados por cierta manecita... Vea usted el vocativo: *Dueño hermoso...* Pero no importa. (*Cortando lo escrito.*) Hago á Celia el sacrificio. Corto por aqui... y ya estamos listos. Tome usted.

ADRIAN. (*Como aprobando una idea que le asalta.*) (¡Ah... si!) Venga , Baron. (*Toma el lápiz y el papel.*)—¿Conque usted quiere que escriba á Celia anunciando su presentacion?..

BAR. Y diciendo, como de paso, las circunstancias de mi persona.

ADRIAN. Bien. (*Se acerca á la mesa.*) (No me faltará modo de hacer llegar á sus manos una línea que lo resuelva todo.) (*Se sienta y escribe.*)

BAR. (¡Bravo! les gano de mano al embajador y al duque.—Para algo han de servir los parientes pobres. (*Vuelve á mirarse al espejo.*)

ADRIAN. (Celia me perdonará fácilmente. El amor es elocuente, y cuando ella me escuche...)

BAR. (La mujer es vanidosa, y cuando ella me vea con este traje...)

ADRIAN. (*Que concluye su carta.*) (Necesito ser cuanto pueda!)

BAR. (*Acercándose.*) No olvide usted expresar cuanto soy!

ADRIAN. (*Plegando la carta.*) Todo está dicho.

BAR. Gracias, querido primo: gracias. (Lo recomendaré al ministro.)

ADRIAN. ¡Ah, no tengo con qué cerrar!...

BAR. Mi lacayo irá corriendo...

ADRIAN. (*Viendo venir al criado.*) No. Aqui nos llega portador de toda mi confianza.

ESCENA V.

LOS MISMOS, CRIADO.

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor don Juan de...

BAR. (*Sin dejarle acabar.*) Ven acá: vamos á confiarte una mision importante.

ADRIAN. Esta carta...

BAR. Para la señorita Celia, comedianta; aqui cerca: calle de las Huertas...

ADRIAN. (*Bajo, al otro lado.*) Para doña Leonor tu señora, en su cuarto...

BAR. (*Dándole una moneda de oro.*) Es cosa urgente; toma.

ADRIAN. (*Empujándolo.*) ¡Vé volando, y cuidado!

BAR. (*Abrazando á San Adrian, mientras el criado se detiene dudoso al foro.*) ¡Oh primo! ¡Modelo de los primos!..

ADRIAN. No merezco...

CRIADO. (El uno dice que á Celia... el otro que á Leonor... y este me da un empellon, y aquel una moneda de oro... ¿Qué duda cabe? (*Se entra por una puerta lateral, en vez de irse por la del foro.*)

ESCENA VI.

SAN ADRIAN, BARON, *luego* D. JUAN.

BAR. ¡Ah! ¿no concibe usted el placer de dar un chasco á necios orgullosos que juzgan poderlo todo?.. ¡Es delicioso, San Adrian!.. ¡Já! ¡já! ¡já!..

ADRIAN. (*Riéndose tambien.*) Cierto, Baron. ¡Delicioso!

JUAN. (*Entrando.*) De qué buen humor les encuentro á ustedes. Lo celebro, aunque yo lo traigo endiablado.

ADRIAN. ¿Por qué?

JUAN. Tú debes saberlo mejor que nadie.

ADRIAN. No alcanzo...

JUAN. Tratas al Conde y á su hermana con mas intimidad que los otros parientes, y te habrán dicho lo que significa esta asamblea de familia... este aspecto de fiesta.

BAR. ¿Es eso lo que le inquieta á usted?.. (*Se desvia con aire desdeñoso.*)

JUAN. Ciertamente. (*Bajo á San Adrian.*) El mismo notario del Conde, que lo es mio, acaba de decirme confidencialmente, que se trata de reconocer una heredera.

ADRIAN. Nadie puede disputarle á Leonor la sucesion de su hermano.

JUAN. Pues hé alí lo raro. No se menciona á Leonor, que parece renuncia en otra sus derechos.

ADRIAN. ¡En otra!..

JUAN. Jóven, bella...

ADRIAN. Pero no es posible. Si Leonor renunciara á sus derechos, quedarian los mios antes que todos.

JUAN. Quizá, pero adoptando el Conde á la persona que quiera anteponer á tí...

ADRIAN. ¡Una adopcion!..

JUAN. Que es probable, ademas, recaiga en persona tan allegada al Conde como tú mismo.

ADRIAN. ¿Clara del Pinar?..

JUAN. Mucho lo temo, Victor. Mejor diré: casi tengo certeza, por cuanto misteriosamente me ha indicado el notario.

ADRIAN. Pero...

JUAN. Se le dará á la favorecida esposo de la familia... mas no he podido saber cuál de nosotros. Esta es mi angustia: porque ya sabes que adoro á Clarita casi desde la cuna.

ADRIAN. (¿Habrá querido Leonor embrollarme?.. ¿No la habré comprendido? ¿Será Clara?.. ¡En ese caso me he lucido con mi carta!)

JUAN. Heredando al Conde y á su hermana, será Clarita inmensamente rica... Pero veo que el Baron no aspira á nada, y en cuanto á tí, sabiendo lo mucho que la amo y mis fundadas esperanzas... Porque doña Leonor fué mi madrina de confirmacion... El Conde me aprecia... la Marquesa dice que soy un buen chico... su hija baila conmigo la primera alemanda en todos los saraos á que asistimos...—Todo eso me alienta, y luego teniendo

tú otra pasion...

ADRIAN. ¡Qué!.. ¿supones?..

JUAN. Que no es antecedente favorable para la eleccion de que se trata, el que te crean amante de la comedianta Celia.

ADRIAN. ¡Juan!..

BAR. (*Acercándose.*) ¿Qué dice usted de la comedianta Celia?

JUAN. Que es la bella dama de nuestro primo San Adrian.

ADRIAN. ¡Mientes!

JUAN. ¡Yo!..

ADRIAN. No amo á esa mujer... no la he amado nunca.

BAR. Cierto! Es una calumnia. Lo proclamaré en todas partes. En la Puerta del Sol... En las gradas de San Felipe, cuando aquel mentidero esté mas lleno de curiosos. Se lo diré á mi peluquero, que es una gaceta viva... á las damas de los tres teatros, y á los galanes, y á los sobresalientes, y á los barbas, y á las graciosas... Se lo diré á la misma Celia...

ADRIAN. (*Con enojo.*) Ya se guardará usted.

BAR. ¡Cómo!..

JUAN. Pues yo tambien proclamaré aqui, esta misma noche, delante del Conde y Leonor, y la Marquesa, y su hija, y todos, que adora á la actriz, que está loco por ella.

ADRIAN. ¡Desdichado de tí!..

JUAN *y* BAR. Pero...

ADRIAN. ¡Basta de desatinos!

JUAN. ¡Cómo! Tratas de esa manera á un amante que defiende sus derechos?

BAR. ¿Llama usted desatinos las palabras de un hombre con cuarenta mil ducados de renta?..

ADRIAN. (*Exasperado.*) No le servirán á usted para acercarse á los umbrales de Celia.

BAR. ¿Luego usted me engañaba? ¿Luego confiesa?..

JUAN. ¡Que la ama! si, señor: y doy por hecho que renuncia á toda pretension respecto á Clara.

ADRIAN. ¡No renuncio á nada!

BAR. ¿Pero Celia?..

ADRIAN. No será de usted.

JUAN. ¿Luego Clara?..

ADRIAN. No será tuya.

JUAN. ¡Victor!

BAR. ¡Este hombre es en amor un Heliogábalo!

ESCENA VII.

LOS MISMOS, CRIADO, *y luego la* MARQUESA *y* CLARA.

CRIADO. La señora marquesa del Pinar y su hija.

JUAN. (*Corriendo á recibirlas.*) Bueno: veremos!

BAR. ¡Uf! estoy sofocado.

ADRIAN. (*Ap. al criado, deteniéndole cuando va á irse.*) Aquella carta... la que te confié para Leonor...

CRIADO. (¡Ay Jesus!..)

ADRIAN. ¿Se la diste ya? . ¡Pronto! ¿Se la diste, desventurado?

CRIADO. (*Turbado.*) Perdone usted... No he podido dársela; porque...

ADRIAN. (*Con gozo.*) ¡Ah! ¡bien!—Te romperia la cabeza si hubieras sido menos torpe.

CRIADO. (*Retrocediendo.*) ¿La cabeza?..

ADRIAN. Has hecho perfectamente en no dar la carta. Devuélmela.

CRIADO. (¡Hum!..) Si señor... con mucho gusto... (*Haciendo como que la busca en sus bolsillos.*)

MARQ. (*Acercándose á San Adrian, y mientras le habla, se escapa el criado.*) Salud, primo. ¿Cómo es que no veo al Conde y á su hermana?

ADRIAN. Tengo la honra de recibir por ellos; pero saldrán pronto. Sírvanse ustedes... (*Se sientan las señoras.*) (Ese estúpido se ha ido sin devolverme la carta. No importa. Leonor no la ha visto, ni la verá. La suerte me protege. (*Se acerca á Clara y le habla bajo.*)

MARQ. Conque, señores, ¿cuál de ustedes nos dice el gran suceso que venimos á solemnizar?

JUAN. Deseo que sea para usted mas fausto que para nadie.

MARQ. ¿Usted, Baron?..

BAR. No sé nada, sino que me he achuchado las chorreras en los ímpetus de mi cólera.

MARQ. ¡Cólera!..

JUAN. (*Bajo al Baron, mientras San Adrian habla con Clara.*) Mire usted.—Ya me está requebrando á Clara.

BAR. (*Sin atenderle.*) En vez de un aderezo de tres mil doblones, le mandaré á Celia otro de seis mil. ¡Veremos si ese pelagatos!...

MARQ. ¿Tampoco San Adrian nos aclara este misterio? ¿No sa-

be, no barrunta nada?

ADRIAN. No, Marquesa. (*Sigue hablando con Clara.*)

MARQ. Segun eso, yo estoy mas adelantada que todos.

JUAN. ¿Usted?...

MARQ. Si, sepan ustedes que se presenta de súbito cierta heredera desconocida hasta ahora. (*San Adrian presta atencion.*)

JUAN. ¿Desconocida?.. Yo sospechaba que era Clarita la que...

CLARA. ¿Yo?...

MARQ. ¡Qué disparate! No, hija mia, no te consientas en ello. (*San Adrian se desvia de Clara.*) Traigo á la memoria antiguos rumores, y casi me atrevo á asegurar que hoy vamos á conocer una nueva parienta, cuya existencia no era por ustedes sospechada.

ADRIAN. ¿Luego usted cree?..

MARQ. Que hay gato encerrado, señores, no lo duden ustedes. —Hay gato encerrado.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—CRIADO *que anuncia y se retira, y luego* CONDE *y* LEONOR.

CRIADO. El señor Conde y su hermana.

MARQ. (*Levantándose.*) Va á despejarse la incógnita.

ADRIAN. (Sea quien fuere esa heredera, á mí me está destinada.)

CONDE. (*Que sale apoyado en su hermana.*) Gracias, mis amados deudos!.. gracias por la prontitud con que habeis acudido á la voz de este anciano, que casi á los bordes del sepulcro, alcanza de la Divina misericordia un gran dia de felicidad.

LEONOR. Si, hermano, estás como anhelabas, en medio de tu familia. Siéntate, y habla tranquilo. (*Se sientan el Conde y todos, menos Leonor que permanece de pie, apoyándose en el respaldo del sillon de su hermano.*)

MARQ. Aun ignorando la causa, tomamos parte muy viva en el gozo de esta casa, querido Conde.

CONDE. La causa, Marquesa, cesará al instante de ser un misterio. Os participo solemnemente, que hoy reconocemos mi hermana y yo á la digna heredera que nos dió la Providencia.

LEONOR. (¡Oh momento tanto tiempo anhelado!)

ADRIAN. (¡Qué ansiedad!..)

CONDE. Hace venticuatro años que mi hermana doña Leonor de Alfaro, celebró matrimonio secreto con un hombre que, en mi orgullo de entonces, habia yo rechazado con injusto desprecio.

MARQ. (No mintió mi sospecha.)

ADRIAN. ¿Y aquel esposo?...

CONDE. ¡Era un grande artista, cuyo nombre, si la muerte no le hubiera prematuramente arrebatado, figuraria hoy á la par de los de Zurbarán y Murillo!

LEONOR. (*Alzando al cielo los ojos.*) ¡Ah!...

CONDE. Como vosotros, he ignorado hasta el presente que existia un fruto de aquella corta union... una niña digna heredera del genio de su padre y de la hermosura de su madre... un vivo retrato del ángel que me quitó el cielo!...

ADRIAN. (¡Qué oigo!... ¡Es ella!...) (*Se levanta.*)

CONDE. Acabo de cumplir los deberes que la conciencia me impone, reconociendo válido y legítimo el casamiento de mi hermana; y declarando, no heredera, sino poseedora desde este dia de toda mi fortuna—que no quiero le traspase la muerte—á la sobrina que amo, y de cuya felicidad me concede Dios ser testigo.

LEONOR. (*Inclinándose á besar su mano.*) ¡Hermano mio!..

CONDE. (*Levantándola conmovido.*) ¿Me perdonas ya?

LEONOR. ¡Oh, te bendigo!

BAR. Sea enhorabuena.

MARQ. Nos felicitamos por el nuevo miembro que adquiere la familia.

CLARA. (*A don Juan, con desden y envidia.*) La hija de un pintor...

ADRIAN. (*Con regocijo.*) ¡Leonor querida!..

LEONOR. ¡Ve usted ahora como es su felicidad mas grande que cuanto pudo concebir?

ADRIAN. ¡Oh, si, si!.. ¡Porque es ella... Matilde! ¡La que amo!.. la que no osaba nombrar! (*A don Juan.*) ¡Proclama tú, como me amenazaste, proclama aqui la pasion de mi alma!

JUAN. No por Matilde, por Celia... ¡A Celia es á la que amas!

LEONOR. (*Enagenada.*) ¡A ella, si, á mi hija!

BAR. (¿Qué dice?) (*Se levanta.*)

MARQ. ¿Pero dónde está? (*Todos se ponen en pie.*)

ADRIAN. ¿Por qué no escucha la proclamacion que aqui se hace del amor que me inspira?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MATILDE, *luego* ANTONIO.

MAT. (*Que sale resplandeciente de hermosura, pero con aspecto grave.*) La ha escuchado, San Adrian.

ADRIAN. (*Triunfante.*) ¡Ah!

BAR. (*Con asombro*) ¡Celia!

MARQ. ¡Cómo!..

JUAN. ¿La comedianta?..

LEONOR. (*Presentando á su hija con orgullo.*) ¡Mi hija! ¡La condesa de Larraga, señores! (*Todos se inclinan y Matilde pasea sobre ellos una mirada sob erbia.*)

BAR. (¡Perdido mi aderezo de tres mil doblones!—Y van dos.)

LEONOR. ¡Abraza, Matilde, á tu segundo padre!

CONDE. (*Acariciándola.*) Si... tu padre... dame siempre ese nombre... porque eres ella... mi Isabel! ¡Dios me la vuelve!—Pero hé aqui tambien al esposo que te destina tu familia... que eligió tu corazon... que te ama hace cinco años. (*San Adrian corre hácia ella.*)

ADRIAN. ¡Si!..

MAT. ¿Usted? (*En este momento aparece Antonio por el fondo.*)

LEONOR. ¡Qué! (*Admirada del tono frio de Matilde.*)

ADRIAN. ¿Dudarás de mi amor?

MAT. (*Con desden amargo.*) ¡No, lo reconozco!..—He comprendido, á mi pesar, que existe un amor, de momentáneos fulgores. Ardiente, impetuoso, avasallador cuando lo estimulan la vanidad y el deseo: flexible, calculista y sumiso, cuando le aconsejan el interés y la ambicion. Un amor que encuentra pábulo en los inciensos tributados á su objeto, pero que no vacila en profanar él mismo las aras de tantas adoraciones. Un amor para cuyo anhelo no son obstáculos ni la honra, ni la virtud, ni la dicha de la persona que lo inspira; porque todo lo huella por su egoista satisfaccion... todo lo sacrifica á su grosero triunfo.

ADRIAN. ¡Matilde!

MAT. Ese amor puede dividirse, conciliarse con los intereses mas bastardos y ruines. Puede inflamar por un objeto sin impedir que se den á otro los mas sagrados derechos... que se avaloren friamente las ventajas de un enlace por razon de estado.

ADRIAN. ¡No es cierto!

LEONOR. Tú sabes que yo le hablé... que me confesó que amaba... que solo á una mujer aceptaria por esposa...

MAT. ¡A la que en su concepto podia únicamente llevarle por dote los títulos y riquezas que se le dejaron vislumbrar!

ADRIAN. ¡Semejante sospecha!..

LEONOR. No es justa. El no nombró...

MAT. Si, señora. La esposa que estaba pronto á aceptar...

ADRIAN. ¡Eras tú!

MAT. (*Sacando la carta de San Adrian.*) ¡Era mi madre!.. ¡Usted se lo declara en esta carta!...

ANT.
ADRIAN. } ¡Ah!... (*Antonio siempre al fondo.*)

LEONOR. ¡Cómo!.. (*San Adrian baja los ojos confundido*)

MAT. Puedo por tanto, juzgar, calificar el amor, cuyo bosquejo he trazado. El amor de la vanidad y los sentidos... único de que es usted capaz!

CONDE. ¡Pero tú!... ¿Tú que le amas?...

MAT. (*Con vehemencia.*) ¡Cierto!—Hay otro amor, padre mio, que puede hacer grandes cosas; porque viendo muy alto á su objeto, se dice con la arrogancia de su fuerza.—¡Yo llegaré hasta él! ¡Yo llegaré!—Y ese objeto, al que se lanza con el ímpetu de una aspiracion soberbia, con el misterioso afan de un bien desconocido, no es mas que un meteoro cuyos resplandores parten del foco de la misma imaginacion que lo persigue... ¡Un arco iris que solo la distancia colora!—Pero ese amor, padre de las locas ilusiones, hijo de la poderosa fantasia; ese amor prodiga todos los tesoros de su madre al ídolo de su culto. Lo agranda, lo embellece, lo idealiza... adora su misma obra, erigiéndola en Dios... y cuando llega el instante fatal en que luce la verdad; en que la razon cobra su imperio; en que el ídolo indigno deja desprenderse á girones las brillantes púrpuras de su ropaje régio, al verlo en sus verdaderas formas, en su desnudez mezquina, el amor se rie de sí propio cambiando en desprecio las usurpadas adoraciones!

ANT. (¡Cielos!..)

LEONOR. ¿Ese amor?..

MAT. ¡Es el de la cabeza! El amor del orgullo y del entusiasmo. El que yo abrigaba por Victor.

CONDE. ¡Mas qué! ¿no hay otro?...

MAT. (*Con entusiasmo.*) ¡Si! ¡hay otro! ¡Hay un tercer amor puro, abnegado, sublime! Que no dice nunca:—yo me alzaré á mi objeto, porque soy fuerte—sino yo estaré siempre á sus pies, porque soy humilde.—Ese amor lo soporta todo, lleva su peso sin sentirlo, no se busca jamás á sí mismo, solo vé á la persona amada, y no hay cosa que no sacrifique á su ventura, sin hacerse siquiera un mérito de ello. Ese amor, padres mios, es casto, paciente, perseverante, valeroso, firme, tranquilo... ¡porque es el hijo augusto del alma inmortal! ¡Es como ella variado é infinito!

ANT. (¡Si!.. ¡si!..) (*Mientras Matilde pinta el amor del corazon, Antonio trémulo y estático, y como atraido por una fuerza magnética, se ha ido aproximando á ella.*)

MAT. ¡Nada pide, nada espera! ¡Vive de sí mismo, rico con sus sacrificios! Se vé desconocido, hollado... y no se queja... ¡porque el grito de ese amor solo Dios es digno de escucharlo!

ADRIAN. ¡Oh!...

MAT. Ese heróico sentimiento, ese culto sublime, que ningun mortal merece—¡es el amor santo! ¡el amor del corazon, padres mios!

CONDE. ¡Quién puede alcanzarlo!...

LEONOR. ¿Dónde hallar ese amor!

TODOS. ¿Dónde?..

MAT. (*Corriendo hácia Antonio*) ¡En él! ¡En Antonio! ¡Mi amigo, mi hermano... mi esposo!

ANT. (*Con un grito del alma.*) ¡Yo!..

MAT. ¡Tú, que atesoras en el corazon la poesia que arroja de sí el talento!

ANT. (*Cae á sus pies.*) ¿No es un sueño?.. ¡Matilde!!

LEONOR. ¡Cielos!..

CONDE. ¡Antonio!

ADRIAN. ¡Él!.. ¡Ese labriego!..

MAT. (*Con orgullo, levantando á Antonio.*) ¡Un noble, mas noble que todos nosotros, mis ilustres deudos! ¡Porque es de la raza que no conoce igual en la tierra!

BAR. ¿Esa raza?..

MARQ. ¿Cuál es?

MAT. ¡La de las grandes almas! ¡La raza cuyas ejecutorias ha escrito Dios!

ANT. ¡Matilde mia!

MAT. ¡Tu Matilde, si! Ven á recibirla del mas tierno de los padres, de la mejor de las madres. (*Lo lleva á los pies del Conde, ante el cual caen ambos de rodillas.*)

ANT. ¡Ah!...

MAT. ¡Padre! al tocar la gloria y las grandezas del mundo, vuelvo la vista al modesto asilo de mi infancia, y solo allá me sonrien el amor verdadero y la felicidad durable. ¡No me los niegue usted en este dia en que he recibido por primera vez la bendicion maternal!

CONDE. Pero... esa extraña eleccion...

LEONOR. (*En voz baja y expresiva.*) ¡Hermano! yo hubiera sido dichosa con el modesto artista...

CONDE. ¡Ah!...—¡Bien! ¡Séalo ella con el honrado labrador! (*Los abraza.*)

BAR. (¡Qué pérdida para el teatro... y para mí!)

MAT. ¡Madre!... ¡Antonio!...

LEONOR. ¡Hijos mios!

ANT. ¡Oh Dios! ¿qué guardas para el cielo?...

ADRIAN. (¡Me matára!...)

BAR. ¿Pero podemos permitir, señores, que la condesa de Larraga?...

MAT. ¡No lo soy yo!

LEONOR. ¿Qué?...

MAT. Mis padres me conceden traspasar ese título, que no conviene á la modesta existencia que irrevocablemente escojo, en quien mas lo estima y mejor sabrá ostentarlo.

CONDE. ¿En quién?...

MAT. En mi ilustre primo don Victor de San Adrian.

ADRIAN. (*Avergonzado.*) (¡Cielos!...)

LEONOR. ¡Angel generoso!...

CONDE. Haz cuanto quieras. Manda como soberana, hija mia.

ANT. ¡Qué!... ¿por mí?... ¿Tú sacrificas por mí, por el pobre Antonio, tus dos coronas... la de la gloria y la del nacimiento?... ¿La del genio y la de la aristocracia?...

MAT. (*Con ternura.*) ¡Te engañas, no hago mas que cambiarlas por una de aquellas de violetas que me sabes tejer

en nuestras montañas.

ADRIAN. ¡Maldito el amor que me hizo despreciable á sus ojos! (*Se deja caer en un sillon, cubriéndose la cara con las manos.*)

ANT. (*Abrazando á su esposa.*) ¡Bendito el amor que me hizo digno de su alma! (*El telon cae cuando empiezan á oirse los ecos de la música.*)

FIN DEL DRAMA.

Puede autorizarse la representacion de este drama.— Madrid 18 *de Diciembre de* 1857.

El Censor interino,
JOSÉ SELGAS.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

abo de los años mil...
or de antesala.
es que te cases...
rcon.
ela.
tos de odio y amor.
anos del alma.
r despues de la muerte.
nejor cazador...
aque quieren las cosas.
or es sueño.
aza de cuervos.
aza de herencias.
or, poder y peluca.
ar por señas.
pié de la letra.

nito viaje.
idicea, *drama heróico.*
talla de reinas.
rta la flamenca.
nes mal adquiridos.

ñizares y Guevara.
sas suyas.
lamidades.
stor y Polux.
n razon y sin razon.
mo se rompen palabras.
nspirar con buena suerte.
ismes, parientes y amigos.
on el diablo á cuchilladas.
stumbres políticas.
ontrastes.
atilina.
arlos IX y los Hugonotes.

elirium tremens.
sobrinos contra un tio.
imo Segundo y Quinto.
daces es la fortuna.
ancho el Bravo.
nardo de Cabrera.

sa.

El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahitado de todo el mundo.

Historia China.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos es pañoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La choza del almadreño.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La vida de Juan Soldado
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.

La ninfa iris.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halconess.
Los dedos huéspedes.
Los tres amores.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Martin Zurbano,
Moeedades.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra Nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar á rio revuelto.
Piensa mal y errarás.

Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.

Rival y amigo.

Su imágen
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Un Amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Una idea feliz.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un anuncio en el Diario.
Una ráfaga.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un Caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Uno de tantos.
Una leccion de mundo.
Un hijo natural.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Alumbra á este caballero.
A última hora.
Angélica y Medoro.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Escenas de Chamberí.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).

El domino azul.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El mundo á escape.
El relámpago.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La Jardinera.
La huérfana.

La espada de Bernardo.
La caceria real.
La hija de la Providencia.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La Roca negra.

Mateo y Matea.
Marina.

Pedro y Catalina.
Por conquista.
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres para una.
Tres madres para un

Un dia de reinado
Un viaje al
Un sobri

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, cuarto segundo de la izquierda.